Mishima

El sol y el acero

Acabado en 1967, *El sol y el acero* es un texto en el que encontramos la expresión de muchas de las contradictorias y sutiles líneas de fuerza que configuran el complejo y singular pensamiento del escritor Yukio Mishima (1925-1970), o cuando menos del personaje que quiso llegar a ser.

El culto del cuerpo como trasunto y complemento del culto del espíritu, la dolorosa contradicción entre palabra y acción, la delgada, casi imperceptible frontera entre vida y muerte —realidades opuestas pero que a la vez se funden y complementan—, son solo algunos de los motivos que articulan este texto tan fulgurante como controvertido.

epublibre

Yukio Mishima

El sol y el acero

ePub r1.0
adkop 15.03.2019

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Taiyo To Tetsu*
Yukio Mishima, 1968
Traducción: Luis Murillo

Editor digital: adkop
ePub base r2.0
Edición digital: epublibre (EPL), 2019
Conversión a pdf: FS, 2020

Índice de contenido

El sol y el acero
Epílogo – F104
Ícaro

Últimamente, vengo observando dentro de mí una acumulación de toda suerte de cosas que no encuentran adecuada expresión en una forma objetiva de arte como la novela. Un poeta lírico de veinte años podría plasmarlas, pero yo ya no tengo veinte años y, en cualquier caso, nunca he sido poeta. Así pues, he buscado a tientas otra forma que se adaptara a temas personales como estos y he dado con una especie de híbrido entre la confesión y la crítica, un modo de expresión sutilmente ambiguo al que podríamos llamar «crítica confidencial».

Yo lo veo como un género crepuscular a medio camino entre la noche de la confesión y el día de la crítica. El «yo» del que voy a ocuparme no es el «yo» que concierne estrictamente a mí mismo, sino algo más, el residuo que queda después de que todas las palabras que he pronunciado redundan en mí, algo que ni concierne ni redunda.

Meditando sobre su naturaleza, llegué a la conclusión de que el «yo» en cuestión se correspondía exactamente con el espacio físico que yo ocupaba. En resumidas cuentas, lo que estaba buscando era un lenguaje del cuerpo.

Si mi ser era mi morada, entonces mi cuerpo era como un huerto alrededor de la misma. Una de dos, podía cultivar ese huerto en toda su extensión, o dejar que la maleza se adueñara de él. La elección era libre, pero esa libertad no era tan ostensible como se podría pensar. En efecto, mucha gente acaba llamando «destino» a los huertos de sus respectivas moradas.

Un día se me ocurrió la idea de cultivar mi huerto con todo el empeño posible. A tal efecto, me serví del sol y del acero. La luz del sol y las herramientas de acero se convirtieron en los principales elementos de mi labranza. Poco a poco, el huerto

empezó a dar frutos y buena parte de mi conciencia fue ocupada por pensamientos acerca del cuerpo.

Todo esto, quede claro, no sucedió de la noche a la mañana. Y tampoco empezó sin que mediara una motivación profunda.

Cuando examino atentamente mi primera infancia, me doy cuenta de que mi recuerdo de las palabras precede con mucho a mi recuerdo de la carne. Imagino que, en general, el cuerpo precede al lenguaje. En mi caso, lo primero en venir fueron las palabras; después —tardíamente, a todas luces con la máxima renuencia y ya revestida de conceptos— vino la carne. Estaba ya, huelga decirlo, tristemente malograda por las palabras.

Primero viene el pilar de madera, luego la termita que se alimenta de él. Pero en lo que a mí respecta, las termitas estaban allí desde el principio y el pilar de madera surgió más tarde, medio carcomido ya.

Que el lector no me reprenda por comparar mi oficio con la termita. Esencialmente, todo arte que depende de las palabras utiliza su capacidad de carcomer —su función corrosiva— del mismo modo que el aguafuerte depende del poder corrosivo del ácido nítrico. Pero el símil no es del todo exacto, pues el cobre y el ácido nítrico que empleamos en el aguafuerte están a la par en el sentido de que ambos se extraen de la naturaleza, mientras que la relación de las palabras con la realidad no es la del ácido con la lámina. Las palabras son un medio de reducir la realidad a una abstracción a fin de transmitirla a nuestra razón, y detrás de su poder cáustico acecha inevitablemente el peligro de que las propias palabras sean corroídas. De hecho, sería más apropiado comparar su acción a la de un exceso de jugos

gástricos que digieren y gradualmente corroen el estómago mismo.

Mucha gente se mostrará reacia a creer que semejante proceso pudiera darse ya en los primeros años de un individuo. Pero fue eso, sin duda alguna, lo que me sucedió a mí, allanando el terreno para dos tendencias contradictorias: una fue la determinación de avanzar con la función corrosiva de las palabras y hacer de ello la obra de mi vida; la otra, el deseo de hacer frente a la realidad en un terreno donde las palabras no jugaran ningún papel.

En un proceso evolutivo más «saludable», ambas tendencias pueden asociarse sin entrar en conflicto —aun en el caso de un escritor nato—, dando pie a un deseable estado de cosas en que el aprendizaje de las palabras lleva a descubrir de nuevo la realidad. Pero ahí lo que cuenta es el redescubrimiento; para que eso ocurra, es necesario, en el inicio de la vida, haber poseído la realidad de la carne no mancillada por las palabras. Cosa muy distinta de lo que me sucedió a mí.

Mi profesor de redacción solía mostrarse descontento con mis trabajos, que estaban exentos de toda palabra que pudiera considerarse acorde con la realidad. Parece ser que yo, a mi manera, tenía un presentimiento de las sutiles y meticulosas leyes del lenguaje, y que era consciente de la necesidad de evitar en lo posible entrar en contacto con lo real a través de las palabras si uno quería sacar provecho de su función corrosiva y eludir su faceta negativa; si uno, por decirlo de otra manera, quería conservar la pureza de las palabras. Mi instinto me decía que la única alternativa posible era mantener una constante vigilancia sobre esa acción corrosiva, no fuera que esta se topara con algún objeto que pudiera corroer.

El lógico corolario de esta tendencia era que yo solo debía admitir sin ambages la existencia de la realidad y del cuerpo allí donde las palabras no tenían parte alguna; realidad y cuerpo se convirtieron para mí en sinónimos, objetos, casi, de una suerte de fetichismo. Sin duda alguna, estaba ampliando inconscientemente mi interés por las palabras de forma que abarcara también ese mismo interés; esta clase de fetichismo se correspondía exactamente con mi idolatría de las palabras.

En esta primera fase, me identificaba yo con las palabras dejando la realidad, la carne y la acción en el otro lado. No hay duda, por lo demás, de que mi prejuicio respecto de las palabras venía reforzado por esta antinomia creada premeditadamente, y que mi arraigada incomprensión de la naturaleza de la realidad, la carne y la acción se formó de la misma manera.

Esta antinomia descansaba en la suposición de que yo mismo estaba desprovisto de carne, de realidad, de acción. Es cierto, desde luego, que al principio la carne llegó a mí tardíamente, pero yo ocupaba la espera con palabras. Sospecho que debido a la tendencia que he mencionado antes, yo no la percibía, entonces, como «mi cuerpo». De haberlo hecho, mis palabras hubieran perdido su pureza. Habría sido violado por la realidad, que se convertiría así en algo ineludible.

Curiosamente, mi obstinada negativa a percibir el cuerpo se debía ni más ni menos que a una bella pero errónea concepción de la idea de cuerpo. Desconocía que el cuerpo de un hombre jamás se manifiesta como «existencia». Pero tal como yo veía las cosas, el cuerpo debería haberse manifestado, de forma clara e inequívoca, como algo existente. De lo que se sigue que cuando se manifestó irrefutablemente como una aterradora paradoja de la

existencia —como una forma de existencia que rechazaba la existencia—, me entró el mismo pánico que si hubiera visto un monstruo, y en consecuencia lo odié. No se me ocurrió pensar que para otros hombres —todos sin excepción— era lo mismo.

Posiblemente es lógico que este tipo de pánico, aunque claramente producto de un error de concepto, postule otra y más deseable existencia física, otra realidad más deseable. Sin llegar a imaginar que el cuerpo existente en una forma que rechazaba la existencia fuese universal en el varón, me puse a construir mi existencia física hipotética e ideal dotándola de todas las caraterísticas opuestas. Y puesto que mi propia, anómala existencia corporal era sin duda producto de la corrosión intelectual de las palabras, el cuerpo ideal —la existencia ideal— debía seguir siendo, me decía a mí mismo, absolutamente libre de toda interferencia por parte del lenguaje. Sus características podrían resumirse en dos: taciturnidad y belleza formal.

Paralelamente, decidí que si el poder corrosivo de las palabras tenía alguna función creativa, había que buscar su modelo en la belleza formal de este «cuerpo ideal», y que el ideal en las artes verbales debía consistir tan solo en la imitación de esa belleza física; dicho de otro modo, en la búsqueda de una belleza que estuviera libre de toda corrosión.

La contradicción era obvia, pues esto se concretaba en un intento de privar a las palabras de su función esencial y de despojar a la realidad de sus características esenciales. No obstante, en otro sentido, era un método muy inteligente e ingenioso de garantizar que las palabras y la realidad que debía ser su objeto no se vieran las caras.

Mi mente, sin percatarse de lo que estaba haciendo, contemporizó con estos dos elementos contradictorios y,

divina, procedió a tratar de manipularlos. Fue así como empecé a escribir novelas; y ello aumentó aún más mi sed de realidad y de carne.

Mucho más adelante, gracias al sol y al acero, iba yo a aprender el lenguaje de la carne como quien aprende un idioma extranjero. Fue mi segunda lengua, un aspecto de mi desarrollo espiritual. Mi intención es hablar de ese desarrollo. Como historia personal, me temo que será distinta de todo lo conocido y, en consecuencia, extremadamente difícil de seguir.

Cuando yo era pequeño, me fijaba en los jóvenes que desfilaban por las calles en ocasión de la fiesta local de las reliquias. Estaban como embriagados por su tarea, y en sus rostros había un indescriptible abandono, un gran distanciamiento; los había que apoyaban incluso la nuca en las varas del relicario que portaban a hombros, de forma que sus ojos miraban al firmamento. Y a mí me obsesionaba el enigma de lo que esos ojos podían reflejar en aquel momento.

Mi imaginación no me proporcionaba pista alguna en cuanto a la naturaleza de la embriagadora visión que yo detectaba en aquel violento esfuerzo físico. Durante muchos meses, por tanto, ese enigma siguió ocupando mis pensamientos; no fue hasta mucho más tarde, después de que me iniciara en el lenguaje de la carne, cuando ayudé a portar en hombros un relicario y pude resolver al fin el misterio que me atormentaba desde la infancia. Aquellos jóvenes miraban simplemente al cielo. No había en sus ojos ninguna visión: solo el reflejo del cielo azul y absoluto de principios del otoño. Empero, ese cielo azul era un cielo insólito que yo tal vez no volvería a ver jamás: tan pronto colgado allá en lo alto, como ya sumiéndose en las profundidades; siempre cambiante, extraña mezcla de lucidez y locura.

Con toda prontitud plasmé en un breve escrito lo que había descubierto, tan interesante me pareció mi experiencia.

En una palabra, había llegado a un punto en que no tenía por qué dudar de que el cielo que mi propia intuición poética me había mostrado y el cielo revelado a los ojos de aquellos jóvenes perfectamente corrientes fueran idénticos. Ese momento que yo había anhelado largamente fue una bendición que el sol y el acero me habían otorgado. ¿Por qué —podría preguntar el lector— no había motivos para dudar? Siempre que ciertas condiciones físicas sean iguales y haya una cierta carga física compartida, desde el momento en que se saborea un mismo esfuerzo físico y una idéntica embriaguez abruma a todos por igual, las diferencias de sensibilidad individual quedan restringidas por innumerables factores a un mínimo absoluto. Si, por añadidura, se prescinde casi por entero del elemento retrospectivo, se puede afirmar entonces sin peligro que lo que yo había presenciado no era una ilusión individual, sino un fragmento de una visión de grupo claramente definida. Mí «intuición poética» no se convirtió en un privilegio personal hasta más adelante, cuando empleé palabras para recordar y reconstruir dicha visión; mis ojos, en su encuentro con el cielo azul, habían penetrado en el *pathos* esencial del consumador.

Y en ese cielo azul oscilante que, cual ave de presa con las alas extendidas, alternativamente se abatía y subía hasta el infinito, percibí yo la verdadera naturaleza de lo que siempre había llamado «lo trágico».

Según mi definición de tragedia, el *pathos* trágico nace cuando una sensibilidad perfectamente normal hace suya momentáneamente una nobleza privilegiada que mantiene a los otros a distancia, y no cuando un tipo especial de sensibilidad hace alarde de sus pretensiones. De ahí que quien

juega con las palabras puede crear tragedia, pero no participar en ella. Es preciso, además, que la «nobleza privilegiada» esté cimentada en una especie de coraje físico. Los elementos de embriaguez y de claridad sobrehumana contenidos en lo trágico surgen cuando la sensibilidad media, dotada de una determinada fuerza física, atina con ese preciso momento privilegiado. La tragedia requiere una vitalidad y una ignorancia antitrágicas, y sobre todo una cierta «inconveniencia». Para que un individuo toque lo divino, es preciso que, en condiciones normales, no sea divino ni nada que se le parezca.

Hasta que yo, a mi vez, hube visto el extraño y divino cielo azul percibido únicamente por esa clase de individuo, no pude confiar en la universalidad de mi propia sensibilidad, no pude saciar mi sed, no se disipó mi fe enfermizamente ciega en las palabras. En ese momento, participé de la tragedia de todo ser.

Una vez hube contemplado aquella visión, comprendí todas las cosas que hasta entonces me habían resultado borrosas. Ejercitar los propios músculos elucidaba los misterios creados por las palabras. Era un poco como adquirir conocimientos eróticos. Paulatinamente, empecé a entender el sentimiento que había detrás de la existencia y de la acción.

Si eso fuera todo, significaría tan solo que yo había recorrido, un tanto tardíamente, el mismo sendero que otras personas; sin embargo, mi idea era otra. En lo concerniente al espíritu —me decía a mí mismo—, no había nada descabellado en la idea de que un pensamiento concreto invadiera mi espíritu, lo ensanchara hasta acabar ocupando la totalidad del mismo. Pero como empezaba a cansarme del dualismo de la carne y el espíritu, lógicamente se me ocurrió preguntarme por qué tenía eso que ocurrir dentro del espíritu

y terminar en sus bordes exteriores. Ni que decir tiene que en muchas enfermedades psicosomáticas el alma extiende su dominio al cuerpo. Pero lo que yo me planteaba iba más lejos. Dado que mi carne se había hecho patente en la infancia con un disfraz intelectual, corroída por las palabras, ¿no sería posible revertir ese proceso, ampliar el alcance de una idea hasta que la totalidad del ser físico se convirtiera en una armadura forjada en el metal de ese concepto?

La idea en cuestión, como ya he sugerido en mi definición de tragedia, se concretaba en el concepto del cuerpo; me parecía que la carne podía «intelectualizarse» a un nivel más alto, podía alcanzar una mayor intimidad con las palabras que el espíritu.

Y es que, en el fondo, las ideas son básicamente extrañas a la existencia humana; y el cuerpo —receptáculo de los músculos involuntarios, de los órganos internos y del sistema circulatorio, sobre los que no tiene ningún control— es extraño al espíritu. De ahí que la gente pueda usar el cuerpo como metáfora de las ideas, siendo ambos cosas bastante ajenas a la existencia humana como tal. Y el modo en que una idea puede adueñarse de la mente por sorpresa, con la fuerza fulminante del destino, refuerza aún más la semejanza entre las ideas y el cuerpo con el que cada uno de nosotros, lo queramos o no, está dotado, dando incluso a esta función automática, incontrolable, un asombroso parecido con la carne. En esto se basaría la idea de la encarnación de Cristo, e incluso los estigmas que algunas personas pueden producirse en la palma de la mano y en el empeine.

No obstante, la carne tiene sus limitaciones. Incluso si, por una excéntrica idea, un hombre hubiera de lucir dos formidables cuernos en la cabeza, esos cuernos se negarían evidentemente a crecer. El cuerpo se obstina en una armonía

y un equilibrio que son, en definitiva, los criterios limitadores. Su papel no es otro que proporcionar una belleza general y las aptitudes físicas necesarias para poder ver ese cielo oscilante de los portadores de reliquias. Cumplen también, según parece, la función de vengarse de, y corregir, toda idea excesivamente excéntrica. Y le devuelven a uno incesantemente al punto en el que ya no es posible dudar de «la propia identidad con los demás». Es así como mi cuerpo, aun siendo producto de una idea, haría también las veces de capa con que ocultar la idea. Si el cuerpo podía alcanzar una armonía perfecta, no individual, entonces sería posible encerrar la individualidad a cal y canto y para siempre. Siempre había pensado que esos signos de individualidad física como un vientre abultado (señal de desidia espiritual) o un pecho liso enseñando las costillas (señal de una sensibilidad indebidamente inquieta) eran de una fealdad considerable, y no pude contener mi sorpresa cuando descubrí que había personas que adoraban esa clase de signos. A mí me parecían puros actos de impúdica indecencia, como si su propietario hubiera expuesto sus partes pudendas espirituales fuera del cuerpo. Representaban una forma de narcisismo que yo nunca pude perdonar.

El tema del extrañamiento de cuerpo y espíritu, nacido de ese deseo vehemente que antes he descrito, fue durante mucho tiempo el tema fundamental de mi trabajo. Solo empecé a abandonarlo paulatinamente cuando por fin empecé a pensar si no era posible que también el cuerpo pudiera tener su propia lógica, por no decir su propio pensamiento; cuando empecé a comprender que las cualidades del cuerpo no consistían únicamente en la taciturnidad y la belleza formal, sino que a buen seguro el cuerpo podía tener también su locuacidad.

El lector pensará, ante mi descripción de las variaciones producidas en estos dos hilos de pensamiento, que simplemente empiezo tomando lo que, como mucho, eran unas premisas generalmente aceptadas para enredarme en un laberinto de contrasentidos. El extrañamiento de cuerpo y espíritu en la sociedad moderna es casi un fenómeno universal, y no hay nadie, pensará el lector, que no lo deplore; de manera que explayarse sobre la «locuacidad» de la carne o el cuerpo «pensante» es ir demasiado lejos; con estas expresiones yo no haría más que disimular mi confusión.

De hecho, al situar en un mismo nivel mi idolatría de las palabras y mi idolatría de la realidad y la existencia física, como términos de una ecuación, había puesto ya a la luz lo que más tarde iba a descubrir. Desde el momento en que había opuesto el cuerpo mudo, lleno de belleza física, a las bellas palabras que imitaban la belleza física, equiparándolos como dos cosas que surgieran de una misma fuente conceptual, yo me había liberado ya, sin darme cuenta, del hechizo de las palabras. De hecho estaba reconociendo el origen idéntico de la belleza formal en el cuerpo mudo y de la belleza formal en las palabras, y emprendía la búsqueda de una idea platónica que hiciera posible poner la carne y las palabras en pie de igualdad. En esa fase, el intento de proyectar las palabras sobre el cuerpo estaba ya al alcance de la mano. Ni que decir tiene que el intento en sí era muy poco platónico, pero solo me quedaba pasar una experiencia más antes de poder hablar de las ideas de la carne y de la locuacidad del cuerpo.

Para explicar de qué se trataba, debo empezar por una descripción de mi encuentro con el sol.

De hecho, esta experiencia tuvo lugar en dos ocasiones. Ocurre a menudo que, mucho antes del encuentro decisivo

con una persona de la que más tarde solo la muerte nos separará, se produce un roce con esa misma persona casi sin que ni uno ni el otro se aperciban de ello. Así ocurrió en mi primer encuentro con el sol.

Mi primer —inconsciente— encuentro tuvo lugar en el verano de la derrota, año de 1945. Un sol implacable abrasaba la exuberante hierba de aquel verano fronterizo entre la guerra y la posguerra; una frontera, de hecho, que no era otra cosa que una franja de alambradas de espino medio rotas, medio sepultadas por la maleza, deslabazadas. Yo caminaba bajo los rayos del sol, pero sin tener una idea clara del significado que me tenían reservado.

Sedoso e imparcial, el sol del verano bañaba pródigamente toda la creación. La guerra había terminado, pero la implacable luz del mediodía alumbraba exactamente igual el verde oscuro de la maleza, espejismo claramente percibido que se agitaba en una suave brisa; me sorprendió, al rozar con mis dedos las puntas de las hojas, que no se desvanecieran al contacto.

Ese mismo sol, a medida que los días devenían meses y los meses años, se había asociado a una corrupción, a una destrucción generalizada. En parte era el modo en que brillaba alentadoramente en las alas de los aviones militares, en los bosques de bayonetas, en las insignias de las gorras militares, en los bordados de las banderas; pero, sobre todo, era el modo de refulgir en la sangre que manaba de la carne sin cesar y en los cuerpos plateados de las moscas que se agolpaban sobre las heridas. Imponiendo su dominio sobre la corrupción, llevando a multitud de jóvenes a la muerte en mares y campiñas tropicales, el sol dominaba despóticamente las inmensas ruinas ruginosas que se extendían hasta el horizonte.

Siendo que el sol siempre había estado asociado a la imagen de la muerte, yo estaba lejos de soñar que pudiera impartirme algún día una bendición corporal, pese a que, por supuesto, había albergado radiantes imágenes de gloria…

Yo tenía ya quince años y había escrito un poema:

Y la luz se derrama aún
sobre los hombres, que alaban la claridad.
Yo rehúyo el sol y arrojo mi alma
al abrigado foso.

¡Cuánto amaba yo mi foso, mi habitación en penumbra, la zona de mi mesa donde se apilaban los libros! ¡Cómo disfrutaba de la introspección, amortajado en la tarea de pensar! ¡En qué trance no escuchaba yo el ajetreo de frágiles insectos en la espesura de mis nervios!

La hostilidad hacia el sol fue mi única rebeldía contra el espíritu de la época. Suspiraba por la noche de Novalis y por los crepúsculos irlandeses de Yeats. Pero, ya desde el fin de la guerra, empecé a sospechar que venían tiempos en que tratar al sol como enemigo equivaldría a seguir el rebaño.

Las obras literarias escritas o presentadas al público en torno a esa época estaban dominadas por pensamientos de la noche —aunque su noche fuera menos estética que la mía—. Es más, para ser realmente respetado, uno debía crear la más espesa y empalagosa tenebrosidad, antítesis de lo diáfano. Incluso esas noches de miel en que yo mismo me había revolcado de muchacho les parecían, aparentemente, la cosa más diáfana del mundo.

Poco a poco, empecé a desconfiar de esa noche que tanta importancia había tenido para mí durante la guerra, y a sospechar que mis simpatías podían haber estado desde siempre con los adoradores del sol. Cabía esa posibilidad. Y si, en efecto, era así —empecé a preguntarme—, ¿mi

persistente hostilidad hacia el sol, la continuada importancia que atribuía a mi pequeña noche privada, no serían quizá sino un deseo de seguir el rebaño?

Los hombres que se entregaban al pensamiento nocturno, creía yo, tenían sin excepción la piel seca, sin brillo, y la barriga fofa. Pretendían envolver toda una época en una espaciosa noche de ideas, y rechazaban en todas sus formas el sol que yo había visto. Rechazaban la vida y la muerte tal como las había visto yo, pues el sol había tenido que ver en ambas.

Mi reconciliación, mi apretón de manos con el sol, se produjo en 1952 a bordo del barco en que hacía mi primer viaje al extranjero. A partir de entonces, me he visto totalmente incapaz de apartarme de él. El sol quedó asociado a la ruta principal de mi vida. Y mi piel se ha ido tostando paulatinamente, señal de que yo pertenecía a la otra raza.

Se podrá objetar que el pensamiento pertenece, esencialmente, a la noche, que para componer con palabras es imprescindible la febril oscuridad de la noche. En efecto, yo no había perdido mi vieja costumbre de trabajar de madrugada, y estaba rodeado de gente cuya piel era un claro testimonio de pensamiento nocturno.

Pero ¿por qué será que el hombre siempre busca las profundidades, el abismo? ¿Por qué el pensamiento, como si de una plomada se tratara, ha de entender exclusivamente de descensos verticales? ¿No era factible que el pensamiento cambiara la dirección de su verticalidad y subiera siempre hacia arriba, hacia la superficie? ¿Por qué el área de la piel, que garantiza la existencia en el espacio del ser humano, había de ser más despreciada, dejándola a merced de los sentidos? Yo no comprendía las leyes que regían el movimiento de las ideas, la forma en que quedaban atascadas en simas invisibles

siempre que se proponían ahondar; o, cuando apuntaban a las alturas, su forma de encumbrarse hasta ilimitados y no menos invisibles cielos, dejando la forma corpórea en un inmerecido descuido.

Si la ley del pensamiento era indagar en la profundidad, se extienda esta hacia arriba o hacia abajo, yo encontraba ilógico que los hombres no descubrieran algún tipo de profundidad en la «superficie», esa frontera vital que ratifica nuestra disociación y nuestra forma, dividiendo lo exterior de lo interior. ¿Por qué no les atraía también la profundidad de la superficie?

El sol inducía a mis pensamientos, los arrastraba casi, a abandonar su noche de sensaciones viscerales, a secundar el hincharse de unos músculos engastados en piel bronceada. Y me ordenaba construir una nueva y robusta morada en la que mi mente, que poco a poco asomaba a la superficie, pudiera vivir a salvo. Esa morada era una piel tostada y lustrosa, unos músculos potentes y delicadamente torneados. Llegué a pensar que era justamente por la necesidad de un habitáculo semejante por lo que el intelectual medio nunca se sentía a gusto con pensamientos que trataran de formas y de superficies.

La perspectiva nocturna, producto de órganos internos enfermos, toma cuerpo casi antes de que uno se percate de qué ha sido primero, si la perspectiva misma o esos primeros síntomas patológicos en los órganos internos. Sin embargo, en remotos recovecos que la vista no puede alcanzar, el cuerpo va creando y regulando su propio pensamiento. Con la superficie, en cambio, por ser visible para todos, el aprendizaje del cuerpo ha de preceder al aprendizaje del pensamiento si ha de crear y supervisar sus propias ideas.

Podría haber previsto la necesidad de adiestrar mi cuerpo desde el momento en que sentí la atracción de las profundidades de la superficie. Era consciente de que la única cosa que podía explicar una idea semejante era el músculo. ¿Quién presta atención a un teórico de la educación física en plena decrepitud? Podemos aceptar los malabarismos del pálido erudito con los pensamientos nocturnos en la intimidad de su estudio, pero ¿qué no sería más magro, más helado que sus labios si se pusiera a hablar, elogiosamente o no, del cuerpo? Yo conocía tan bien esa clase de pobreza que un día, repentinamente, tuve la idea de desarrollar una musculatura propia.

Quiero llamar la atención sobre un hecho, y es que todo, como queda demostrado, provenía de mí «mente». Creo que, igual que la educación física puede transformar unos músculos supuestamente involuntarios en voluntarios, también es posible alcanzar una transformación parecida educando la mente. Ambos, cuerpo y mente, por una tendencia inevitable que podríamos llamar ley natural, son proclives a caer en el automatismo, pero sé por experiencia que se puede desviar un gran río excavando un pequeño canal.

He aquí otro ejemplo de la cualidad que espíritus y cuerpos tienen en común: esa tendencia compartida por el cuerpo y la mente a crear su pequeño universo propio, su propio «falso orden», siempre que en un momento dado una idea concreta se adueña de ellos. Aunque lo que acontece representa más bien una especie de parada, se experimenta como si fuera un acceso de bulliciosa actividad centrípeta. Esta función del cuerpo y de la mente que consiste en crear sus breves microuniversos es, de hecho, una mera ilusión; y sin embargo el sentimiento fugaz de felicidad en la vida debe mucho precisamente a este «falso orden». Es como una función

protectora de la vida frente al caos que la rodea, similar al modo en que el erizo se ovilla formando una pelota.

Se presentó entonces la posibilidad de refutar un tipo determinado de «falso orden» y de crear otro en su lugar; de darle la vuelta a esta obstinada función formativa y darle una orientación que se ajustara mejor a los propósitos de uno. Decidí poner inmediatamente en marcha esta idea. Aunque, más que «idea», debería haber dicho el nuevo objetivo que el sol me procuraba día tras día.

Así fue como me vi enfrentado a aquellos trozos de acero: recios, formidables, fríos como si la esencia de la noche se hubiera condensado en ellos todavía más.

Ese día inicié una íntima relación con el acero que iba a prolongarse diez años.

La naturaleza de este acero es extraña. Descubrí que a medida que iba incrementando su peso poco a poco, el efecto recordaba al de una balanza: la masa de músculo colocada, como si dijéramos, en el otro plato aumentaba proporcionalmente, como si el acero hubiera de mantener por fuerza un estricto equilibrio entre los dos platos. Y poco a poco, las propiedades de mis músculos fueron asemejándose a las del acero. Este lento desarrollo me parecía notablemente similar al proceso educativo, que remodela el cerebro intelectualmente nutriéndolo con materias cada vez más difíciles. Y puesto que el ideal clásico del cuerpo estaba siempre allí como modelo y meta definitiva, el proceso se asemejaba mucho al ideal clásico de la educación.

Mas ¿cuál era de los dos el que se parecía al otro? ¿No estaba utilizando yo palabras en mi intento por imitar el físico clásico? Para mí, la belleza es algo que siempre se nos escapa: lo único que considero importante es lo que existió, o debería haber existido. Mediante esta sutil y variadísima operación, el

acero restauraba el equilibrio clásico que el cuerpo había empezado a perder, restituyéndolo a su forma natural, la forma que no debería haber perdido nunca.

Los músculos que se han vuelto virtualmente superfluos en la vida moderna, aunque sigan siendo vitales para el cuerpo humano, son obviamente inútiles desde el punto de vista práctico, y una musculatura conspicua es tan innecesaria como lo es una educación clásica para la mayoría de los hombres prácticos. Los músculos se han ido convirtiendo en algo similar al griego clásico. Para resucitar un idioma muerto se requería la disciplina del acero; para transformar el silencio de la muerte en la elocuencia de la vida, la ayuda del acero era esencial.

El acero me enseñó con exactitud la correspondencia entre el espíritu y el cuerpo: así, las emociones endebles se me antojaban músculos flácidos, el sentimentalismo, un estómago fofo, y la impresionabilidad excesiva, una piel blanca y en exceso sensible. Unos músculos fuertes, un vientre plano y una piel dura, razonaba yo, correspondían respectivamente a un intrépido espíritu de lucha, una disposición intelectual desapasionada y un temperamento robusto. Quede claro que no creo que la gente corriente sea así. Mi experiencia, aun siendo escasa, me ha dado a conocer muchísimos ejemplos de espíritus tímidos encerrados en musculaturas protuberantes. Pero, como ya he señalado, las palabras me llegaron antes que la carne, de manera que la intrepidez, el desapasionamiento y la robustez, así como todos los emblemas de carácter compendiados por las palabras, necesitaban manifestarse también como indicios externos, corporales. Por esa razón, me decía a mí mismo, debía dotarme de dichas características físicas como si se tratara de un proceso educativo.

Detrás del proceso educativo aguardaba otro proyecto, un proyecto romántico. El impulso romántico estaba al acecho ya desde mi adolescencia, cuando había formado dentro de mí una corriente subterránea que solo tenía sentido como *destrucción* de la perfección clásica. Como el tema de una obertura que ha de sonar después a lo largo de toda la ópera, sentaba una pauta definitiva antes de que yo hubiera conseguido nada en la práctica.

Concretamente, alimentaba yo un impulso romántico hacia la muerte, al tiempo que exigía como su vehículo un cuerpo estrictamente clásico; un sentido peculiar del destino me hacía creer que la razón de que mi impulso romántico hacia la muerte no se hubiera consumado era el hecho, tremendamente simple, de que yo carecía de las necesarias aptitudes físicas. Para una muerte románticamente noble, eran imprescindibles un físico imponente y una musculatura escultural. Toda confrontación entre una carne débil y fofa y la muerte me parecía ridículamente inapropiada. Con dieciocho años, me sentía incapacitado para el fallecimiento prematuro que yo ansiaba. Me faltaban los músculos adecuados para una muerte trágica. Y esta incapacidad que me había permitido sobrevivir a la guerra ofendía profundamente mi orgullo romántico.

Pese a todo, estas circunvoluciones puramente intelectuales no eran de momento nada más que una maraña de temas a manera de preludio a una vida que hasta entonces no había logrado nada. Tenía pendiente, algún día, conseguir algo, destruir algo. Fue ahí donde intervino el acero; fue el acero lo que me proporcionó la pista que necesitaba.

Llegado al punto en que muchas personas se sienten satisfechas del grado de cultura intelectual que han alcanzado ya, el destino me llevó a descubrir que, en mi caso, el

intelecto, lejos de ser un valor cultural inofensivo, me había sido otorgado únicamente como un arma, un medio de supervivencia. Así, las disciplinas físicas que más adelante serían tan necesarias para mi supervivencia se podían comparar en cierto sentido al modo en que una persona para quien el cuerpo ha sido el único medio de vida se embarca en un frenético intento de adquirir una educación intelectual cuando su juventud está en el lecho de muerte.

El acero me enseñó muchas cosas diferentes. Me dio un tipo de conocimiento absolutamente nuevo, un conocimiento que ni los libros ni la experiencia mundana pueden impartir. Descubrí que los músculos eran fuerza además de forma, y que cada sistema de músculos era sutilmente responsable de la dirección en que esa fuerza se ejercía, casi como si fueran rayos de luz que tomaran una apariencia de carne.

Nada podría haber armonizado mejor con la definición de obra de arte que yo acariciaba desde hacía tiempo que este concepto de la forma envolviendo a la fuerza, sumado a la idea de que una obra debía ser orgánica e irradiar luz en todas direcciones.

Los músculos que yo creé así eran a la vez mera existencia y obra de arte; paradójicamente, poseían incluso cierta naturaleza abstracta. Su único y fatal defecto era estar demasiado involucrados en el proceso de la vida, por el cual debían declinar y perecer con el propio declinar de la vida.

Volveré más tarde sobre esta naturaleza extrañamente abstracta; de momento es más importante señalar que, para mí, los músculos tenían una de las cualidades más deseables: su función era exactamente contraria a la de las palabras. Esto quedará suficientemente claro si consideramos el origen de las palabras. Al principio, de la misma manera que la moneda acuñada en piedra, las palabras se van propagando entre los

miembros de una raza como medio universal para comunicar emociones y necesidades. En la medida en que no están mancilladas por el uso, son propiedad común y no pueden, en consecuencia, expresar otra cosa que emociones compartidas colectivamente.

Sin embargo, a medida que se van particularizando, y a medida que los hombres —por más que en muy pequeñas dosis— empiezan a emplearlas de modo personal y arbitrario, las palabras inician su transformación en arte. Fueron palabras como esas las que, rodeándome como un enjambre de insectos, se apoderaron de mi individualidad con la intención de encerrarme dentro de ella. No obstante, pese a las acciones depredatorias del enemigo, yo les devolví su universalidad —un arma al tiempo que una flaqueza— y, hasta cierto punto, conseguí utilizar las palabras para universalizar mi individualidad.

Pero ese triunfo consistió en ser diferente de los demás y estaba esencialmente reñido con los orígenes y primer desarrollo de las palabras. De hecho, nada hay tan extraño como la glorificación de las artes verbales. Aunque a primera vista parecen porfiar en la universalidad, de hecho se preocupan de cómo traicionar sutilmente la función fundamental de las palabras, que es ser universalmente aplicables. La glorificación del estilo individual en literatura significa justamente eso. Los poemas épicos de la antigüedad constituyen, tal vez, una excepción, pero toda obra literaria encabezada por el nombre del autor no es más que una bella «perversión de las palabras».

¿Es posible dar una expresión verbal al cielo azul que todos vemos, el misterioso cielo azul que, de manera idéntica, ven todos los portadores en la feria de las reliquias?

Era ahí, como he dicho antes, donde se concentraban mis mayores dudas; y, a la inversa, lo que descubrí en los músculos por mediación del acero fue un florecimiento de este triunfo de lo no específico, el triunfo de saber que uno es igual que los demás. A medida que la implacable presión del acero fuera despojando a mis músculos de su individualidad y su excepcionalidad (ambas producto de la degeneración), y a medida que se fueran desarrollando, empezarían, razonaba yo, a tomar un aspecto universal hasta alcanzar finalmente un punto en donde se ajustarían a la pauta general en que las diferencias individuales dejaban de existir. La universalidad así alcanzada estaría exenta de toda corrosión privada, de toda traición. A mi modo de ver, ese era su rasgo más apetecible.

Por añadidura, esos músculos tan aparentes a la vista, tan palpables al tacto, empezaron a adquirir una cualidad abstracta que les era propia. Los músculos, en esencia no comunicadores, no debían adquirir teóricamente la cualidad abstracta común a todo medio de comunicación. Y sin embargo…

Un día de verano, después de ejercitarme, estaba yo refrescando mis músculos a la brisa que entraba por la ventana cuando, de pronto, el sudor se esfumó como por arte de magia, y la superficie de mis músculos percibió un fresco hálito de mentol. Al momento, dejé de sentir la existencia de la musculatura y —del mismo modo que las palabras, por su funcionamiento abstracto, pueden pulverizar el mundo concreto haciendo que las propias palabras parezcan no haber existido nunca— mis músculos trituraron alguna cosa dentro de mí, y se hubiera dicho que ellos mismos tampoco habían existido nunca.

¿Qué era entonces lo que habían triturado?

Era ese sentimiento de la existencia en que normalmente creemos con tan poco entusiasmo, y que mis músculos habían transformado en una suerte de luminosa sensación de poder. A esto me refiero al hablar de su «naturaleza abstracta». Como mi recurso al acero me lo había sugerido persistentemente, la relación entre músculos y acero era de total interdependencia: muy similar, de hecho, a la relación entre nosotros y el mundo. En resumidas cuentas, el sentimiento de la existencia por el cual la fuerza no puede ser tal cosa sin objeto al que aplicarse representa la relación básica entre nosotros y el mundo; es justamente en esa medida en la que dependemos del mundo, y en la que yo dependía del acero. Igual que los músculos van aumentando su parecido con el acero, así también el mundo nos va dando forma poco a poco; y aunque ni el acero ni el mundo pueden llegar a poseer un sentido de su propia existencia, una infundada analogía nos hace alimentar, involuntariamente, la ilusión de que ambos poseen dicho sentimiento. De lo contrario, nos sentimos impotentes para comprobar el sentido de nuestra propia existencia, y Atlas, por ejemplo, acabaría considerando el globo terráqueo que sostiene sobre sus hombros como algo parecido a sí mismo. Así, nuestro sentido de la existencia busca un objeto y solo puede vivir en un falso mundo de relatividad.

Es verdad que, cuando levantaba un cierto peso de acero, yo era capaz de creer en mi propia fuerza. Sudaba y jadeaba pugnando por obtener una prueba de esa fuerza. En momentos como ese, la fuerza me pertenecía a mí, y también pertenecía al acero. Mi sentimiento de existir se alimentaba de sí mismo.

Lejos del acero, sin embargo, mis músculos parecían caer en un absoluto aislamiento, convertidas sus formas en meros engranajes hechos para endentarse en el acero. La brisa pasó,

el sudor se fue evaporando, y con una y otro se esfumó la existencia de los músculos. Fue entonces cuando los músculos jugaron su función más esencial, pulverizando con sus robustos dientes invisibles ese ambiguo, relativo sentimiento de existir, y sustituyéndolo por una sensación de transparente e incomparable poderío que no necesitaba objeto alguno. Hasta los propios músculos dejaron de existir: me envolvía una sensación de poder tan transparente como la luz.

No es de extrañar que en esta pura sensación de poder, que ni todos los libros del mundo podían procurar jamás, descubriera una verdadera antítesis de las palabras. Y, en efecto, fue eso lo que gradualmente se convertiría en el foco de todo mi pensamiento.

La formulación de toda nueva manera de pensar empieza por tratar de expresar de muchas maneras diferentes un único tema, hasta entonces ambiguo. Igual que el pescador ensaya toda clase de cañas y el esgrimidor toda clase de espadas de bambú hasta que encuentra una cuyo peso y longitud le convienen, así, al formular una manera de pensar, una idea todavía imprecisa adquiere una expresión experimental bajo una variedad de formas; es solo cuando se descubren las medidas y el peso adecuados cuando se convierte en parte de uno mismo.

Cuando experimenté aquella pura sensación de fuerza, tuve el presentimiento de que había encontrado el futuro foco de mi pensamiento. La idea me causó un placer indescriptible, y ansiaba coquetear con ella con toda calma antes de hacerla mía como manera de pensar. Me tomaba todo el tiempo del mundo en ese proceso, procurando impedir que la idea se volviera una cosa rígida, y sin dejar de experimentar con diversas formulaciones. Por medio de numerosos ensayos, yo volvía a captar esa sensación pura y a confirmar su naturaleza,

tal como el perro, atraído por el apetitoso aroma que despide un hueso, prolonga el hechizo jugando con ese hueso.

En mi caso, los intentos de expresarlo de otra manera se concretaron en el boxeo y la esgrima, sobre los que hablaré más tarde. Era lógico que para expresar de otra manera la sensación de fuerza pura pensara en el destello del puñetazo o la estocada de la espada; pues lo que había al final del puño que fulmina, y más allá del embate del bambú, era ni más ni menos que lo que constituía la prueba fehaciente de esa luz invisible que emana de los músculos. Era un intento por atrapar la «sensación última» que está un poco por encima del alcance de los sentidos.

En el espacio que allí había, presentía la presencia de algo. Incluso con la ayuda de esa sensación de puro poder, solo era posible quedarse a dos pasos de esa cosa; con el intelecto, o con la intuición artística, ni siquiera era posible acercarse a menos de una veintena de pasos. Cierto, el arte podía darle una «expresión» en alguna que otra forma, pero toda «expresión» exige un medio; en mi caso, al parecer, la función abstracta de las palabras que debía servir de medio tenía el efecto de convertirse en una barrera para todo lo demás. Y parecía improbable que el acto de expresar satisficiera a alguien cuya primera motivación había sido dudar de ese mismo acto.

No es sorprendente, pues, que un anatema contra las palabras atraiga la atención hacia la naturaleza esencialmente dudosa del acto de expresar. ¿Por qué concebimos el deseo de dar expresión a las cosas que no pueden ser dichas… y a veces lo conseguimos? Tal conquista es un fenómeno que se da cuando una sutil disposición de las palabras excita la imaginación del lector a grados extremos; en ese momento, autor y lector se convierten en cómplices de un crimen de lesa

imaginación. Y cuando su complicidad da pie a una obra literaria —esta «cosa que no es una cosa»—, la gente lo llama «creación» y ya no pregunta más.

En realidad, las palabras, armadas de su función abstracta, interponían su apariencia como una obra del logos pensada para aportar orden al caos del mundo de los objetos concretos, y la expresión era básicamente un intento de volver sobre sí misma la función abstracta y, al igual que la corriente eléctrica invertida, evocar un mundo de fenómenos con la sola ayuda de las palabras. En consonancia con esta idea yo sugería más arriba que todas las obras literarias eran una bella transformación del lenguaje. La «expresión», ateniéndonos a su función misma, significa la recreación de un mundo de objetos concretos valiéndose únicamente del lenguaje.

¡Cuántas palabras obra de la pereza no habrán sido admitidas en nombre de la imaginación! ¡Cuántas veces no habrá sido empleado el término imaginación para suavizar la insana tendencia del alma a encumbrarse en una ilimitada búsqueda de la verdad, dejando el cuerpo donde siempre ha estado! ¡Cuántas veces no habrá escapado el hombre de los dolores de su propio cuerpo gracias a ese aspecto sentimental de la imaginación que siente los males de la carne ajena como propios! ¡Y cuántas veces no habrá exaltado ciegamente la imaginación unos sufrimientos espirituales cuyo valor relativo era de hecho extremadamente difícil de calibrar! Y cuando esta clase de arrogancia de la imaginación aúna el acto de expresión del artista con sus cómplices, nace un tipo de «cosa» ficticia —la obra de arte—, y es esa interferencia de un número elevado de tales «cosas» lo que ha estado pervirtiendo y alterando la realidad. A la postre, los hombres acaban tratando únicamente con sombras y pierden arrestos para poner buena cara a las tribulaciones de su propia carne.

Lo que acechaba tras el destello del puñetazo y la estocada del bambú estaba en el polo opuesto de la expresión verbal; eso, cuando menos, era lo que hacía pensar la sensación que transmitía de ser la esencia de algo muy concreto, por no decir de la realidad. En ningún sentido se le podría llamar «una sombra». Detrás del puño, detrás de la punta de la espada, una nueva realidad erguía su cabeza, una realidad que rechazaba todo intento de volverla abstracta; esto es, que rechazaba de plano toda expresión de los fenómenos recurriendo a abstracciones.

Allí, más que en ninguna otra parte, estaba la esencia de la acción y del poder. A esa realidad, en el lenguaje popular, se la designaba simplemente como «el contrincante».

El contrincante y yo habitábamos el mismo mundo. Cuando yo miraba, el contrincante era visto; cuando el contrincante miraba, el visto era yo; es más, estábamos uno frente a otro sin que mediara imaginación alguna, ambos pertenecíamos al mismo mundo de acción y de fuerza, es decir: el mundo de «ser visto». El contrincante no era en absoluto una idea, pues aunque ascendiendo, peldaño a peldaño, por la escalera de la expresión verbal en pos de una idea (y mirándola fijamente) pueda ocurrir muy bien que acabemos cegados por la luz, esa idea jamás nos devolverá la mirada. En un ámbito donde la mirada de uno es devuelta a cada momento, no hay tiempo para expresar las cosas con palabras. A fin de expresarse, uno tiene que situarse fuera del mundo en cuestión. Puesto que ese mundo en su conjunto no responde a la mirada escrutadora, uno dispone de tiempo para mirar y para expresar sin prisas lo que ha descubierto. Pero nunca podremos captar la esencia de una realidad que nos devuelve la mirada.

Era el contrincante —el contrincante agazapado en el vacío de más allá del puño que fulmina, del embate del bambú, mirándonos mirar— lo que constituía la verdadera esencia de las cosas. Las ideas no devuelven la mirada; las cosas sí. Más allá de expresiones verbales, vemos revolotear las ideas bajo la semitransparencia de las cosas ficticias que han creado. Más allá de la acción, revoloteando bajo el espacio semitransparente que ha creado (el contrincante), uno puede atisbar la «cosa». Para el hombre de acción, esa «cosa» se manifiesta como muerte que se cierne majestuosa y amenazadora —el enorme toro negro del matador— sin que intervenga la imaginación.

Aun así, no me animaba a creer en ello salvo cuando aparecía en los confines de la conciencia; había percibido además, de manera confusa, que la única prueba física de la existencia del estado consciente era el sufrimiento. El dolor, sin duda alguna, tenía cierta grandeza, la cual estaba muy emparentada con el esplendor que se oculta detrás de la fuerza.

La experiencia nos enseña que ninguna técnica de acción puede resultar efectiva hasta que la práctica reiterada ha logrado inculcarla en las zonas inconscientes de la mente. A mí, sin embargo, me interesaba una cosa ligeramente distinta. Por un lado, había apostado todo mi deseo de alcanzar una experiencia perfecta de la conciencia a la fórmula cuerpo-fuerza-acción, mientras que por el otro había apostado toda mi sed de experiencia perfecta al momento concreto en que, gracias a la acción refleja del inconsciente adiestrado de antemano, el cuerpo desplegaba su máxima capacidad. Y la única cosa que me atraía de verdad era el punto en que coincidían estos dos intentos contrapuestos; en otras palabras, el punto de contacto en que el valor absoluto de la conciencia

y el valor absoluto del cuerpo encajaban exactamente el uno en el otro.

Mi objetivo, por supuesto, no era atontar los sentidos por medio de las drogas o el alcohol. Solo me interesaba seguir a la conciencia hasta sus límites más remotos a fin de descubrir en qué punto se transformaba en un poder inconsciente. Si así era, ¿qué mejor testigo podía haber encontrado de la persistencia de la conciencia hasta sus límites exteriores que el sufrimiento físico? Existe una innegable interdependencia entre conciencia y sufrimiento físico, y la conciencia, a la inversa, proporciona la prueba más clara de la persistencia del dolor corporal.

Llegué a la conclusión de que el dolor podía ser muy bien la única prueba de la persistencia de lo consciente dentro de la carne, la sola expresión física de la conciencia. A medida que mi cuerpo ganaba en musculatura, y a la vez en fuerza, fue naciendo en mi interior una tendencia hacia la aceptación positiva del dolor, y mi interés por el sufrimiento físico aumentó. Con todo, no quisiera que nadie tomara este desarrollo por un producto de mi imaginación. Mi hallazgo se produjo directamente a través del cuerpo, con la ayuda del sol y del acero.

Como muchas personas habrán experimentado, cuanto más preciso es el golpe de un guante de boxeo o de una espada de esgrima, más se lo siente como un contragolpe y no como un ataque directo por parte del adversario. El golpe que uno mismo atesta, la fuerza propia, crea una especie de hueco. Un golpe es eficaz si, en ese preciso instante, el cuerpo del contrincante encaja en ese hueco del espacio y adopta una forma idéntica al mismo.

¿Cómo es que un golpe puede ser experimentado de esa forma?, ¿qué es lo que lo hace efectivo? La eficacia del golpe

depende de que el momento y la ubicación sean idóneos. Pero hay más, la eficacia se consigue cuando la elección del momento y del blanco —que uno mismo decide— pilla al enemigo con la guardia baja, cuando se tiene la percepción intuitiva de ese estar desprevenido una fracción de segundo *antes* de que los sentidos lo hayan registrado. Esta percepción es un elemento desconocido incluso para el yo, y se adquiere tras un largo proceso de adiestramiento. Cuando el momento justo se hace perceptible a la conciencia, ya es demasiado tarde. Es demasiado tarde, dicho de otro modo, cuando ha cobrado forma lo que acecha en el espacio de más allá del puño que fulmina y de la punta de la espada. Desde el momento en que cobra forma, tiene que estar ya instalado cómodamente en ese hueco del espacio que uno mismo ha creado y acotado. Es ahí donde surge la victoria.

Descubrí que en el apogeo del combate, el lento proceso de crear músculo, por el cual la fuerza crea forma y la forma crea fuerza, se repite con tanta rapidez que se vuelve imperceptible a la vista. La fuerza, que emitía rayos al igual que la luz, se renovaba constantemente destruyendo y creando forma de pasada. Vi por mí mismo que la forma hermosa y acertada vencía a la forma fea e imprecisa. El hecho de alterarla implicaba invariablemente una oportunidad para el enemigo y una difuminación de los rayos de la fuerza.

La derrota del enemigo tiene lugar cuando este acomoda su forma al hueco del espacio que uno ha acotado previamente; en ese instante, nuestra propia forma debe conservar su máxima precisión y belleza. Y la forma en sí ha de tener una gran adaptabilidad, una flexibilidad sin igual, para asemejarse a una serie de esculturas creadas por un cuerpo líquido segundo a segundo. La continua radiación de la fuerza debe crear su propia forma, del mismo modo que el chorro continuo de agua mantiene la forma de una fuente.

Presentía que ese templarse al sol y al acero a que durante tanto tiempo me sometí no era más que el proceso de creación de esa escultura líquida. Y en la medida en que el cuerpo así moldeado pertenecía estrictamente a la vida, todo su valor, me decía a mí mismo, debía residir en ese esplendor recreado segundo a segundo. Esa, y no otra, es la razón de que la escultura se haya afanado tanto por celebrar en mármol imperecedero la gloria momentánea de la carne humana.

De ello se deducía que la muerte estaba solo un poco más allá de ese momento concreto.

De este modo, me decía yo, había conseguido pista sobre la comprensión íntima del culto al héroe. El cinismo, que considera cómica toda veneración del héroe, se ve siempre ensombrecido por un sentimiento de inferioridad física. Invariablemente, es el hombre que se considera físicamente desprovisto de atributos heroicos quien se mofa del héroe; y cuando lo hace, cuán infamante es que su grandilocuencia, teniendo ostensiblemente rasgos de una lógica tan universal y general, no ofrezca (o así al menos parece entenderlo el gran público) ninguna pista sobre sus características físicas. Aún no he oído burlarse del culto al héroe a ningún hombre dotado de lo que bien podríamos llamar atributos físicos heroicos. El cinismo fácil, invariablemente, va acompañado de una musculatura fofa o de obesidad, mientras que el culto al héroe y un nihilismo poderoso van siempre acompañados de un cuerpo pujante y unos músculos bien templados. El culto al héroe, en definitiva, es el principio básico del cuerpo, y a la postre guarda una íntima relación con el contraste entre la robustez del cuerpo y esa destrucción que es la muerte.

El cuerpo lleva consigo la suficiente persuasión como para destruir el aura cómica que rodea una excesiva conciencia de sí mismo; pues aunque un cuerpo bello puede ser trágico, no

hay en él el menor vestigio de comicidad. La cosa que en definitiva salva a la carne de ser ridícula es el elemento de muerte que reside en el cuerpo sano y vigoroso; era esto, comprendí, lo que mantenía la dignidad de la carne. ¡Cuán cómicas nos parecerían la ufanía y la elegancia del torero si su oficio estuviera divorciado de toda asociación con la muerte!

Y sin embargo, siempre que uno perseguía la sensación última, el momento de la victoria se presentaba como algo insípido. En el fondo, el contrincante —«la realidad que nos devuelve la mirada»— es la muerte. Puesto que, al parecer, la muerte no cede ante nadie, la gloria del triunfo no puede ser más que una gloria puramente mundana en su más alta expresión. Y si solo es gloria mundana, me decía a mí mismo, entonces teníamos que ser capaces de obtener algo muy parecido echando mano de las artes verbales.

Pero aquello que percibimos ante la buena escultura —como en el auriga de Delfos, donde a la gloria, a la arrogancia y a la timidez reflejadas en el momento de la victoria se les confiere una fiel inmortalidad— es el veloz aproximarse del espectro de la muerte del otro lado del vencedor. Al mismo tiempo, al mostrar simbólicamente los límites de la espacialidad en el arte de la escultura, nos revela que detrás de la más grande gloria humana no hay otra cosa que el declive. En su arrogancia, el escultor ha buscado capturar la vida solo en su momento supremo.

Si la solemnidad y la dignidad del cuerpo provienen únicamente del elemento de mortalidad que acecha en su interior, entonces la ruta que conduce a la muerte, pensaba yo, ha de tener algún camino particular que lo relacione con el dolor, el sufrimiento y la conciencia ininterrumpida que es prueba de vida. Y no podía soslayar la idea de que si había algún incidente en que el dolor agudo de la muerte y unos

músculos bien desarrollados se combinaran hábilmente, ello solo podía ocurrir como respuesta a las exigencias estéticas del destino. No es, por supuesto, que el destino suela prestar oídos a consideraciones estéticas.

Siendo un muchacho, yo había conocido diversas facetas del dolor físico, pero la confusión mental y la hipersensibilidad de la adolescencia los confundían con el sufrimiento espiritual. Una marcha forzada desde Gora hasta Sengokubara, y luego por el paso de Otome hasta el pie del monte Fuji, era para cualquier colegial un verdadero mal trago, pero lo único que yo sacaba de mis tribulaciones juveniles era un tipo de sufrimiento pasivo, mental. Me faltaba el coraje físico para singularizar el sufrimiento por mí mismo, para asumir personalmente el dolor.

La aceptación del sufrimiento como prueba de coraje era el tema de primitivos ritos iniciáticos en el pasado lejano, y tales ritos eran a un tiempo ceremonias de muerte y de resurrección. Los hombres han olvidado ya la profunda lucha entre la conciencia y el cuerpo que subyace al coraje, y al coraje físico en particular. La conciencia es generalmente considerada pasiva, mientras que el cuerpo activo constituiría la esencia del arrojo y la intrepidez; sin embargo, en el drama del coraje físico los papeles están, de hecho, invertidos. La carne se bate en retirada hacia su función de autodefensa, mientras que es la conciencia clara quien controla la decisión que empuja al cuerpo al abandono de sí mismo. El culmen de la conciencia clara constituye así uno de los factores determinantes de este abandono de sí mismo.

Abrazar el sufrimiento, he aquí el papel constante del coraje físico; y el coraje físico es, por así decir, el origen de ese deseo de comprender y valorar la muerte que, más que ninguna otra cosa, es condición indispensable para una clara

conciencia de la muerte. Por mucho que el filósofo, en la soledad de su cuarto, medite sobre la idea de la muerte, seguirá siendo incapaz, mientras esté disociado del coraje físico que constituye el requisito previo para la conciencia, de empezar siquiera a comprenderla. Debo dejar claro que estoy hablando de coraje «físico»; aquí no entro para nada en la «conciencia del intelectual» o en el «coraje intelectual».

El hecho es que yo vivía en una época en que la espada de esgrima había dejado de ser un símbolo de la espada real, y donde la espada real, en la esgrima, no hendía otra cosa que el aire. El arte de la esgrima era una suma de todos los tipos de belleza viril; sin embargo, en la medida en que esa virilidad no tenía ya ningún uso práctico en la sociedad, apenas se la distinguía de un arte basado únicamente en la imaginación. Yo detestaba la imaginación. Para mí, la esgrima tenía que ser algo en donde no cupiera la imaginación.

Los cínicos —sabedores de que nadie desprecia tanto la imaginación como el soñador, cuyos sueños son fruto de la imaginación— no hay duda de que se mofarán secretamente de mi confidencia.

Pero mis sueños llegaron a ser, en una determinada fase, mis músculos. Los músculos que yo había formado, que existían, podían dar carta blanca a la imaginación de otros, pero ya no admitían que la mía propia los fuera royendo. Había llegado a una etapa en que me estaba familiarizando rápidamente con el mundo de los que son «vistos».

Si era característico de los músculos el alimentar la imaginación de los otros sin dejar ellos de estar totalmente privados de imaginación, entonces en la esgrima yo buscaba ir un poco más allá y alcanzar el acto puro donde no cabía la imaginación, ya fuera por parte del yo o por parte de los otros. A veces parecía que mi deseo se había cumplido, otras

que todavía no. En ambos casos, era la fuerza física la que peleaba, la que corría ligera, la que gritaba a voz en cuello…

¿Cómo conocían los haces de músculos, normalmente tan pesados, tan oscuros, tan inamoviblemente estáticos, el momento en que la acción alcanzaba su frenesí? Yo adoraba el frescor de la conciencia que pululaba incesantemente bajo la tensión espiritual. Ya no podía creer que solo por una cualidad intelectual de mí mismo el cobre de la excitación estuviera revestido con la plata de la conciencia. Era esto lo que hacía que el frenesí fuese lo que era. Y es que había empezado a creer que los músculos —potentes, estáticamente tan bien organizados y tan silenciosos— eran la verdadera fuente de la claridad de mi conciencia. El dolor producido en los músculos por un golpe que erraba el escudo daba pie de inmediato a una conciencia más vigorosa aún que suprimía el dolor, y el quedarse de repente sin aire suscitaba un frenesí que lo conquistaba. De vez en cuando acertaba a vislumbrar un sol completamente distinto de aquel que me había dispensado sus bendiciones; un sol lleno de las feroces llamas negras del sentimiento, un sol de muerte que nunca abrasaba la piel, pero que despedía un resplandor aún más extraño.

Este segundo sol era esencialmente mucho más peligroso para el intelecto que el primero. Y era este peligro, más que ninguna otra cosa, lo que me deleitaba.

¿Y en qué quedaba mi relación con las palabras durante este mismo período? Yo había convertido mi estilo en algo apropiado a mis músculos: se había vuelto flexible y libre; todo embellecimiento graso le había sido arrancado sin dejar de mantener asiduamente un adorno «muscular» —adorno, eso sí, que si bien posiblemente carecía de utilidad en la civilización moderna, era aún tan necesario como siempre a efectos de prestigio y de presentación—. Sentía tanta aversión

por un estilo meramente funcional como por otro puramente sensual.

A pesar de ello, me encontraba aislado en una isla. Del mismo modo que mi cuerpo estaba aislado, tambien mi estilo se encontraba al borde de la no comunicación; era un estilo que no aceptaba, sino que rechazaba. Sobre todo, me preocupaba la distinción (y no porque mi estilo la tuviera, necesariamente). Mi estilo ideal habría tenido la grave belleza de la madera barnizada en el vestíbulo de una mansión de samurái un día de invierno.

Mi estilo, huelga decirlo, fue dando la espalda a las preferencias de la época. Abundante en antítesis, revestido de una anticuada y pesada solemnidad, no carecía empero de cierta nobleza; pero mantenía siempre el mismo andar grave y ceremonial al margen del lugar que estuviera pisando. Como algunos militares, mi estilo iba por doquier sacando pecho y cuadrando la espalda, desdeñando los estilos de otros por su manera de encorvarse, doblar las rodillas o incluso —¡no lo quisiera Dios!— menear las caderas.

Yo sabía, desde luego, que en este mundo hay ciertas verdades que uno no puede ver a menos que enderece la postura. Pero de esas cosas bien podían ocuparse otros.

En mi interior, empezaba yo a planear una unión entre arte y vida, entre el estilo y el *ethos* de la acción. Si el estilo era similar a los músculos y a las pautas de conducta, entonces su función era evidentemente restringir el desvarío de la imaginación. Las verdades que debido a ello pudieran ser pasadas por alto no eran de mi incumbencia. Tampoco me importaba en lo más mínimo que el miedo y el horror de la confusión y la ambigüedad se hurtaran a mi estilo. Había tomado la decisión de seleccionar una única verdad concreta evitando apuntar a cualquier verdad de carácter global. Hacía

caso omiso de las verdades feas y deprimentes; mediante un proceso de selección diplomática dentro del espíritu, buscaba sortear la mórbida influencia ejercida sobre los hombres que se abandonan a la imaginación. No obstante, era peligroso, sin duda alguna, subestimar o ignorar su influencia. No había modo de saber cuándo las achacosas fuerzas de una imaginación invisible, siempre al acecho, podían lanzar su cobarde ofensiva desde el exterior de las prietas fortificaciones del estilo. Día y noche, yo montaba guardia en las murallas. De vez en cuando, algo —un fuego rojo— llameaba como una señal en la llanura nocturnal que se extendía ilimitada ante mis ojos. Yo trataba de convencerme de que era una hoguera. Entonces, tan repentinamente como había aparecido, el fuego se desvanecía otra vez. Como instrumento contra la imaginación y su secuaz, la sensibilidad, yo tenía el estilo. La tensión de la vigilia nocturna, ya fuera por tierra o por mar, eso era lo que yo perseguía en mi estilo. Detestaba la derrota por encima de todo. ¿Puede existir peor derrota que cuando uno se siente corroído interiormente por las secreciones ácidas de la sensibilidad hasta el extremo de disolverse, de licuarse; o cuando lo mismo acontece a la sociedad que nos rodea y uno modifica su estilo a fin de estar a la altura?

Todo el mundo sabe que la obra maestra, irónicamente, surge en ocasiones de este tipo de derrota, de la muerte del espíritu. Aunque yo podía dar un paso atrás y admitir estas obras maestras como victorias, sabía que se trataba de victorias sin combate, un tipo de victoria exento de batalla que es peculiar al arte. Yo buscaba la lucha en cuanto tal, tomara la dirección que tomase. No sentía la menor inclinación por una derrota —no digamos ya por una victoria — desprovista de lucha. Pero conocía también sobradamente la engañosa naturaleza de todo conflicto en el arte. Pensaba que, si quería lucha, debía pasar a la ofensiva en campos

ajenos al arte; en arte, defendería mi ciudadela. Era preciso ser un denodado defensor dentro del arte y un buen combatiente fuera de él. La meta de mi vida era adquirir los variados atributos del guerrero.

Durante el período de posguerra, en el que todos los valores reconocidos perdieron su significado, yo pensaba a menudo, y así se lo comunicaba a otros, que ahora más que nunca era el momento de revivir el viejo ideal japonés de combinar las letras y las artes marciales, el arte y la acción. Momentáneamente, mi interés se desvió del ideal concreto; luego, a medida que iba aprendiendo por el sol y el acero el secreto de aspirar a las palabras con el cuerpo (y no solamente de aspirar al cuerpo con las palabras), mis dos polos internos empezaron a mostrar un equilibrio, y el generador de mi espíritu, por así decir, pasó de una corriente continua a una corriente alterna. Pergeñé un sistema que, mediante la instalación dentro del yo de dos elementos excluyentes y hostiles —dos elementos que fluían alternativamente en direcciones opuestas—, daba la apariencia de producir una escisión aún mayor de la personalidad, pero que en la práctica creaba en cada momento un equilibrio vital que era constantemente destruido y constantemente renacía. Abrazar una doble polaridad dentro del yo y aceptar contradicción y colisión: tal fue mi receta de «arte y acción».

De este modo, pensaba yo, mi interés de antiguo por lo que se oponía al principio literario empezaba por primera vez a dar frutos. El principio de la espada, al parecer, consistía no en una alianza de la muerte con el pesimismo y la impotencia, sino con la energía, flor de la perfección física, y con la voluntad de lucha. Nada podía estar más lejos del principio de la literatura. En literatura, la muerte es mantenida a raya al tiempo que se la utiliza como elemento motriz; la fuerza está dedicada a la construcción de ficciones hueras; la vida queda

en reserva, mezclada con la muerte en la justa medida, tratada con conservantes y propagada para la producción de obras de arte que poseen una misteriosa vida eterna. La acción —podríamos decir— perece con su florecimiento; la literatura es una flor imperecedera. Y una flor imperecedera, por supuesto, es una flor artificial.

Así, combinar acción y arte es combinar la flor que se marchita y la flor que dura eternamente, mezclar en un solo individuo los dos deseos más contradictorios de la humanidad y los correspondientes sueños de realización de dichos deseos. ¿Cuál es, entonces, el resultado?

Estar totalmente familiarizado con la esencia de estas dos cosas —de las cuales una es falsa si la otra es cierta—, conocer perfectamente sus orígenes y alimentarse de sus misterios es destruir secretamente los sueños fundamentales de una respecto de la otra. Cuando la acción se ve a sí misma como realidad y al arte como lo falso, confiere a esta falsedad el poder de dar una confirmación definitiva a su propia verdad y, en la esperanza de sacar partido de la falsedad, le encomienda sus sueños. A esto deben su existencia los poemas épicos. Por el contrario, cuando el arte se considera a sí mismo la realidad y a la acción como lo falso, está concibiendo esa falsedad como la cima de su propio mundo de ficción; se ha visto forzado a comprender que su propia muerte ya no está respaldada por la falsedad, que la realidad de la muerte sigue muy de cerca a la realidad de su obra. Es esta una muerte temible, la muerte que desciende sobre el ser humano que no ha vivido jamás; pero puede soñar, al menos, con la existencia en el mundo de la acción —la falsedad— de una muerte que no es la suya propia.

Por la destrucción de estos sueños fundamentales entiendo la percepción de dos verdades ocultas: que la flor de falsedad

soñada por el hombre de acción no es más que una flor artificial; y, por otra parte, que la muerte alentada por la falsedad con que sueña el arte no confiere en modo alguno ningún favor especial. En resumen, el enfoque dualista desgaja de toda posible salvación por los sueños: los dos secretos que en justicia jamás se habrían puesto frente a frente se conocen a la perfección. Dentro de un mismo cuerpo, debe ser aceptado sin vacilación el colapso de los principios fundamentales de la vida y de la muerte.

Podemos preguntarnos si es posible que en la práctica alguien viva esta dualidad. Por fortuna, es extremadamente raro que la dualidad adopte su forma absoluta: es la clase de ideal que, una vez alcanzado, desaparecería en un momento. Pues el secreto de esta dualidad fundamental, íntimamente conflictiva, es que, aunque pueda hacerse previsible en la forma de una vaga aprehensión, nunca será puesta a prueba hasta el momento de la muerte. Entonces —en el instante mismo en que el doble ideal que no ofrece salvación está a punto de realizarse— el individuo preocupado por dicha dualidad traicionará ese ideal de un modo o de otro. Puesto que era la vida la que lo ataba a la implacable percepción de ese ideal, traicionará dicha percepción una vez se encuentre cara a cara con la muerte. De lo contrario, la muerte se le haría insoportable.

Pero, mientras estamos vivos, podemos coquetear con cualquiera de estos puntos de vista, hecho confirmado por las muertes que se producen constantemente en el deporte seguidas de benéficos renacimientos. La victoria, en lo que respecta a la mente, proviene del equilibrio conseguido ante la siempre inminente destrucción.

Como mi propio espíritu estaba constantemente asediado por el aburrimiento, solo las más difíciles, por no decir

imposibles, tareas conseguían ahora suscitar su interés. Concretamente, ya no le interesaba otra cosa que ese tipo de juego en que la mente se pone a sí misma en peligro… el juego y la benéfica «ducha» que le seguía.

En un determinado momento, mi mente se propuso saber qué sentía un hombre de físico imponente acerca del mundo que le rodeaba. Por supuesto, era un problema de demasiada envergadura para abordarlo mediante el conocimiento, pues aunque este pueda sondear la oscuridad guiándose por las plantas trepadoras de la sensación y la intuición, aquí dichas plantas estaban arrancadas; el afán de conocer me pertenecía a mí, mientras que el derecho al sentido inclusivo de la existencia le era otorgado a la otra parte.

Trataré de aclarar este punto. El sentido de la existencia que puede tener un hombre con un físico imponente debe, en sí mismo, abarcar el mundo entero; para ese hombre, considerado como objeto de conocimiento, todo lo exterior a él (yo incluido) debe por fuerza ser transferido al mundo exterior, objetivo, experimentado por sus sentidos. No hay forma de hacerse una imagen precisa, en tales condiciones, a menos que se responda con una conciencia todavía más global. Es como intentar saber de qué manera experimenta la existencia el nativo de otro país; en tal caso, lo único que se puede hacer es aplicar conceptos inclusivos, abstractos, tales como género humano, humanidad universal, etcétera, y hacer deducciones en función de estos criterios hipotéticos. Aquí, sin embargo, no estaríamos ante un conocimiento exacto, sino ante un método que deja intactos los elementos finalmente impenetrables, que deduce por analogía con los elementos comunes. Así se evita la verdadera cuestión; las cosas que uno «realmente quiere saber» quedan definitivamente arrinconadas. La única alternativa es que la imaginación tome el relevo sin el menor remordimiento y

adorne a la otra parte con un variado surtido de poemas y fantasías varias.

Para mí, sin embargo, toda fantasía se desvaneció de golpe. Mi mente hastiada iba en pos de lo ininteligible cuando, bruscamente, el misterio se desintegró… De pronto, era yo el que poseía un buen físico.

Los que habían estado en la otra orilla ahora estaban aquí, del mismo lado que yo. El enigma había desaparecido; el único misterio seguía siendo la muerte. Y puesto que este liberarse del enigma no había sido en modo alguno producto de la mente, el orgullo de esta quedó terriblemente herido. Casi como un reto, la mente volvió a bostezar, de nuevo empezó a venderse a la detestada imaginación, y lo único que pertenecía eternamente a la imaginación era la muerte.

Pero ¿dónde está la diferencia? Si los orígenes profundos de la imaginación morbosa que le acosa a uno de noche —de la imaginación voluptuosa que induce al abandono sensual— consisten en la muerte, ¿en qué difiere esta de la muerte gloriosa? ¿Qué distingue la muerte heroica de la muerte decadente? Esa cruel negativa de la salvación en la dualidad demuestra que en el fondo son la misma cosa, y que la ética literaria y la ética de la acción no son más que esfuerzos patéticos por resistirse a la muerte y al olvido.

La posible diferencia que pudiera haber se resuelve en la presencia o ausencia de la idea del honor, que considera la muerte «algo que debe ser visto», y la presencia o ausencia de la estética formal consustancial a la muerte: en otras palabras, la naturaleza trágica del acercamiento a la muerte y la belleza del cuerpo camino de su perdición. En lo que concierne a una muerte bella, los hombres están condenados a desigualdades y grados de fortuna proporcionados a las desigualdades y grados de fortuna que el destino les otorga en el momento de

nacer, aunque esta desigualdad esté difuminada hoy día por el hecho de que el hombre moderno ha perdido casi por completo el deseo de los antiguos griegos de tener una vida «bella» y una muerte «bella».

¿Por qué asociar a un hombre con la belleza solo a través de una muerte heroica, violenta? En la vida corriente, la sociedad mantiene una férrea vigilancia para garantizar que los hombres no tengan parte alguna en la belleza; se desprecia la belleza física en el varón, cuando se la considera un «objeto» en sí misma sin agente intermediario, y la profesión del actor (la cual entraña «ser visto» constantemente) está lejos de ganarse un verdadero respeto. En lo concerniente a los hombres, se aplica una norma muy estricta, a saber: en circunstancias normales, un hombre no debe permitir jamás su propia objetivación; solo puede ser objetivado en el acto supremo, que es, imagino yo, el momento de la muerte, ese momento en que, incluso sin ser vista, se admiten la ficción de ser visto y la belleza del objeto. De ese cariz es la belleza del escuadrón suicida, belleza no solo en el plano espiritual, sino también, como reconoce la mayoría de los hombres, en un sentido ultraerótico. Más aún, servir de intermediario en este caso implica un heroísmo de una intensidad que escapa a los recursos del mortal corriente, de manera que aquí la «objetivación» sin intermediario no es posible. Por mucho que las meras palabras se acerquen a este momento de acción suprema, no pueden alcanzarla como un cuerpo volante no puede alcanzar la velocidad de la luz.

Pero lo que yo intentaba describir no era la belleza. Hablar de belleza es hablar de ello «en profundidad». Esta no era mi intención: lo que pretendía hacer era ordenar una gran variedad de ideas como dados de marfil y establecer límites a la función de cada una.

Descubrí entonces que los grandes abismos de la imaginación estaban en la muerte. Quizá era lógico que, aparte de la necesidad de preparar mis defensas contra los abusos de la imaginación, hubiera concebido la idea de volver sobre sí misma la imaginación que tanto me había atormentado, convirtiéndola en algo que pudiera servirme de arma para el contraataque. Sin embargo, en lo concerniente al arte en cuanto tal, mi estilo había levantado fortines, aquí y allá, y estaba consiguiendo mantener a raya a la imaginación. Si yo tenía que planear un contraataque, este debía ocurrir por fuerza en un terreno exterior al arte. Más que ninguna otra cosa, fue esto lo que me hizo considerar la idea de las artes marciales.

En una época, yo había sido la clase de muchacho que se asomaba a la ventana esperando día tras día que le sucedieran toda clase de cosas inesperadas. Aun cuando podía ser incapaz de cambiar el mundo, no podía menos de esperar que el mundo cambiara por sí solo. Para un chico de estas características, con todas las ansiedades inherentes, la transformación del mundo era una necesidad prioritaria; era algo que me nutría diariamente; algo sin lo cual no habría sabido vivir. La idea de cambiar el mundo era tan necesaria para mí como dormir y hacer tres comidas al día. Era el útero que alimentaba mi imaginación.

Lo que siguió en la práctica fue, en un sentido, una transformación del mundo, y en otro sentido no. Aunque pudiera cambiar del modo que yo esperaba, el mundo perdía todo su atractivo en el mismo momento del cambio. Mis sueños, en última instancia, hablaban de peligro máximo, de máxima destrucción; en ningún momento había yo previsto la felicidad. Para mí, el tipo de vida cotidiana más apropiado era una destrucción mundial día por día; vivir en un estado de paz era lo más arduo y anormal.

Por desgracia, me faltaban los medios físicos para hacer frente a esto. Guardando en la manga una susceptibilidad que no sabía resistir, vigilaba la aparición de lo inesperado diciéndome que, cuando esto llegara, lo aceptaría en vez de presentarle batalla.

Mucho más tarde, me di cuenta de que si la vida psicológica de esta juventud tan decadente se hubiera sustentado en la fuerza y en la voluntad de lucha, habría constituido una perfecta analogía con la vida del guerrero. Fue este un hallazgo extrañamente estimulante. Con ello, yo ponía al alcance de mi mano la oportunidad de darle la vuelta a la imaginación.

Si para mí el único mundo natural era aquel en que la muerte era un asunto cotidiano, evidente, y si lo que era natural para mí resultaba fácilmente alcanzable, no mediante artilugios, sino por razón de conceptos del deber en absoluto originales, entonces nada podía ser más natural que sucumbir paulatinamente a la tentación y tratar de sustituir la imaginación por el deber. No hay momento más deslumbrante que aquel en que nuestras fantasías acerca de la muerte y el peligro y la destrucción del mundo se transforman en deber. Esto, sin embargo, requería alimentar el cuerpo, la fuerza y la voluntad de lucha, así como las técnicas propias de ello. El desarrollo de las mismas podía ser confiado a métodos como los que antes habían servido para desarrollar la imaginación; ¿acaso no eran similares la imaginación y el manejo de la espada, en la medida en que eran técnicas que se nutrían de una familiarización con la muerte? Por añadidura, eran técnicas que, cuanto más refinadas, más nos aproximaban a la destrucción.

Me doy cuenta de que esta tarea en la que templar la imaginación para la muerte y el peligro acaba teniendo el

mismo significado que templar la espada, me venía ya reclamando desde hacía tiempo; solo la cobardía y la flaqueza me habían hecho eludirla.

Tener la muerte presente día tras día, concentrar cada momento en la muerte inevitable, cerciorarse de que los peores presagios coincidieran con los propios sueños de gloria… si eso era todo, bastaba entonces con transferir al mundo de la carne lo que yo había venido haciendo en el mundo del espíritu.

He explicado ya cuán asiduamente hacía preparativos para aceptar un cambio tan violento, preparándome para aceptarlo de un momento a otro. La teoría de que todo podía ser recuperado había tomado cuerpo dentro de mí. Como me había quedado claro que incluso el cuerpo —aparentemente prisionero del tiempo en su crecimiento y declinar diarios— podía ser recuperado, no era extraño que concibiera la idea de que el tiempo mismo era recuperable.

Para mí, la idea de un tiempo recuperable significaba que la muerte bella que hasta entonces me había rehuido también era posible. Más aún, los diez años anteriores me habían servido para aprender la fuerza, el sufrimiento, la batalla y la conquista de uno mismo; había aprendido el coraje de aceptarlo todo con alegría.

Estaba empezando a soñar con mis aptitudes de combatiente.

… Es bastante arriesgado hablar de una felicidad que no tiene necesidad de palabras.

La única cosa que estoy seguro puede deducirse fácilmente de cuánto he dicho es que, a fin de producir eso que aquí designo como felicidad, hay que cumplir toda una serie de condiciones extremadamente problemáticas, y pasar por toda una serie de procedimientos extremadamente complejos.

El breve período —un mes y medio— de vida militar que tuve ocasión de experimentar más adelante me proporcionó muchos fragmentos de felicidad, pero hay uno de ellos —una inolvidable, universal sensación de felicidad experimentada en un momento en sí mismo aparentemente insignificante y en absoluto militar— del que me siento obligado a hablar aquí. Aunque me encontraba inmerso en la vida castrense de grupo, esta suprema sensación de bienestar se manifestó, como siempre me había ocurrido, cuando me encontraba totalmente a solas.

Sucedió al atardecer del 25 de mayo, un hermoso día de principios de verano. Estaba asignado a un pelotón de paracaidistas; terminada la instrucción, había ido a darme un baño y me disponía a volver al dormitorio.

El sol del atardecer estaba teñido de azul y rosa, y la hierba que se extendía a sus pies era un mar de jade reluciente. A ambos lados del sendero por el que caminaba se levantaban vetustos edificios compactos de madera, nostálgicos recuerdos de una época en que esto había sido la academia de caballería: el picadero cubierto, ahora gimnasio, la caballeriza, ahora cantina…

Yo llevaba todavía la ropa de gimnasia: calzones largos de algodón blanco que habían repartido ese mismo día, zapatillas de goma, una camiseta. El mismo barro que ensuciaba ya la parte baja del calzón contribuía a mi sensación de bienestar.

El manejo del paracaídas, que nos había ocupado aquella mañana, la sensación extraordinariamente dispersa de la primera vez que uno se entregaba al vacío, me acompañaban aún, residuo transparente, frágil como una galleta medicinal. La rápida y profunda respiración debida a la carrera que siguió a la instrucción había saturado mi cuerpo de un placentero letargo. Teníamos a mano rifles y toda clase de

armas. Mi hombro estaba siempre dispuesto a apuntalar un arma. Había corrido a más no poder por la verde hierba, había notado cómo el sol bronceaba mi epidermis; bajo la luz del verano había podido ver, diez metros más abajo, sombras perfectamente definidas y firmemente sujetas a los pies de los hombres. Había saltado al espacio desde lo alto de la torre plateada, consciente en ese momento de que la sombra que yo mismo proyectaría entre ellos segundos después se encontraría aislada en el suelo como un charco negro, desligada de mi cuerpo. En ese instante, fuera de toda duda, yo estaba liberado de mi sombra, de la conciencia de mí mismo.

La jornada no podía haber estado más colmada de cuerpo y de acción. Excitación física, fuerza, sudor, músculo; la verde hierba del estío lo cubría todo, la brisa agitaba el polvo del sendero, los rayos del sol eran cada vez más sesgados, y yo caminaba por entre ellos con toda naturalidad en calzones y zapatillas de gimnasia. Esta era la vida que había buscado. En ese momento paladeé la misma alegría solitaria, tosca, del preparador físico al pasar de regreso entre la vieja escuela y los matorrales, tras perderse en la belleza de los ejercicios físicos una tarde de verano.

Percibí en ello un descanso absoluto para el espíritu, una beatificación de la carne. El verano, las nubes blancas, el vacío azul del cielo tras la última instrucción de la jornada, y una pátina de tristeza nostálgica matizando el brillo del sol que se colaba entre los árboles, suscitaban en conjunto una sensación de embriaguez. Yo existía…

¡Cuán complejos eran los procedimientos necesarios para alcanzar esta existencia! En ella, un gran número de conceptos que para mi eran casi como fetiches establecían una asociación directa con mi cuerpo y mis sentidos,

totalmente al margen de la intervención de las palabras. El ejército, la instrucción física, el verano, las nubes, el atardecer, el verde de la hierba estival, el uniforme blanco de gimnasia, el sudor, los músculos y apenas un ligerísimo soplo de muerte… No faltaba nada; cada pieza del mosaico estaba en su debido sitio. No necesitaba nada más, y por consiguiente no tenía ninguna necesidad de palabras. El mundo en que me encontraba estaba hecho de elementos conceptuales que eran puros como los ángeles; todo elemento extraño había sido temporalmente descartado, y yo rebosaba del infinito júbilo de ser uno con el mundo, un júbilo similar al producido por el agua fría sobre una piel calentada al sol del verano.

… Posiblemente, lo que llamo felicidad coincide con lo que otros llaman el momento del peligro inminente. Pues ese mundo con el que yo armonizaba sin mediación de las palabras y que me había colmado de felicidad no era otro que el mundo trágico. Por supuesto, la tragedia no se había cumplido aún, pero todas las semillas de la tragedia estaban allí contenidas; la ruina estaba implícita en él; era un mundo sin «futuro». Evidentemente, mi felicidad se basaba en la alegría de haber superado finalmente las pruebas necesarias para habitar allí. Mi orgullo se basaba en la emoción de haber adquirido este precioso pasaporte, no a través de las palabras, sino de cultivar mi cuerpo y nada más que eso. Este mundo era el único lugar en el que podía respirar a gusto, un mundo totalmente alejado del lugar común y carente de futuro; lo había estado buscando sin tregua, desde el momento en que terminó la guerra, con una ardiente sensación de desengaño. Pero las palabras no habían hecho nada para proporcionarme ese mundo; al contrario, me habían espoleado para apartarme de él: y es que hasta la expresión verbal más destructiva era parte integrante del quehacer cotidiano del artista.

¡Qué ironía! En un período en que el cáliz sin futuro de la catástrofe estaba a rebosar, yo no había superado las pruebas para beber de él. Me había ido lejos, y cuando, tras un prolongado adiestramiento, había vuelto pertrechado con todas las aptitudes necesarias, fue para encontrar el cáliz vacío, fríamente visible su fondo; y yo con más de cuarenta años. Por si eso fuera poco, el único líquido que podía apagar mi sed era el que otros habían apurado antes que yo.

No todo se podía recuperar, como yo había pensado equivocadamente. El tiempo, a fin de cuentas, era irrevocable. Y sin embargo, como ahora veía, el intento de plantar cara a la implacable marcha del tiempo era quizá el rasgo más característico del modo en que, desde la guerra, había probado a vivir cometiendo herejía tras herejía. Si, como se creía comúnmente, el tiempo era en efecto irreversible, ¿podía yo vivir aquí de esta manera? Tenía, sin duda alguna, buenos motivos para formular esta pregunta.

Negándome de plano a reconocer las condiciones de mi existencia, me había propuesto adquirir una existencia distinta. En la medida en que las palabras, al corroborar mi existencia, habían sentado las condiciones para la misma, los pasos necesarios para adquirir otra existencia entrañaban tomar corporalmente partido por el fantasma evocado e irradiado por las palabras; ello significaba pasar de ser un creador de palabras a ser una criatura de las palabras; significaba, sencillamente, usar sutiles y complicados procedimientos al objeto de conseguir una sombra momentánea de existencia. Era lógico, sin duda alguna, que yo no hubiera acertado a existir más que en un momento aislado y selecto de mi breve vida militar. El fundamento de mi felicidad, ciertamente, era el haberme transformado, ni que fuera un momento, en un fantasma formado por las sombras que habían echado tiempo atrás unas remotas y

carcomidas palabras. Ahora, empero, no eran las palabras lo que corroboraba mi existencia. Este tipo de existencia, derivado del rechazo a la corroboración por las palabras, tenía que buscar la corroboración de algo diferente. Y ese «algo diferente» era el músculo.

El sentimiento de existir que producía tan intensa felicidad se desintegró, lógicamente, instantes después, pero los músculos sobrevivieron milagrosamente a la desintegración. Por desgracia, empero, el mero sentimiento de la existencia no basta para hacerle comprender a uno que los músculos han eludido la disolución; es preciso ser testigo ocular de los músculos de uno mismo, y ver es la antítesis de existir.

La sutil contradicción entre conciencia de uno mismo y existencia empezaba a preocuparme.

Discurría yo que para identificar el ver y el existir, la naturaleza de la conciencia de sí mismo tenía que ser lo más centrípeta posible. Si solo la conciencia de sí mismo puede concentrar su mirada hacia el interior y el yo de modo que la conciencia de sí mismo olvide las formas externas de la existencia, entonces uno puede «existir» igual que existe el «yo» en el *Diario* de Amiel. Pero aquí nos encontramos ante una existencia extraña, como una manzana transparente cuyo núcleo fuera perfectamente visible desde el exterior; y dicha existencia solo puede ser corroborada por las palabras. Es la clásica existencia experimentada por el hombre de letras solitario y humanista…

Pero ocurre también que encontramos una conciencia de sí mismo que trata exclusivamente de la forma de las cosas. En este tipo de conciencia de sí mismo, la antinomia entre ver y existir es decisiva, puesto que entraña la cuestión de cómo el núcleo de la manzana puede ser visto a través de la piel ordinaria, roja y opaca, y también cómo el ojo que mira esa

lustrosa manzana roja desde el exterior puede penetrar en la manzana y convertirse él mismo en núcleo. La manzana, en este caso, debe tener una existencia totalmente ordinaria, su color, un saludable rojo.

Siguiendo con la metáfora, imaginemos una manzana sana. Esta manzana no accedió a la existencia por medio de las palabras, y tampoco es posible que el núcleo fuera completamente visible desde el exterior como la singular fruta de Amiel. El interior de la manzana, naturalmente, es del todo invisible. En el corazón de dicha manzana, encerrado dentro de su pulpa, el núcleo acecha en su macilenta oscuridad, temblorosamente ansioso por encontrar la manera de decirse a sí mismo que es una manzana perfecta. La manzana existe ciertamente, pero para el núcleo esta existencia resulta de momento defectuosa; si las palabras no pueden corroborarla, entonces la única ratificación posible es mediante los ojos. En efecto, para el núcleo, la única forma de asegurar esta existencia es existir y ver al mismo tiempo. Hay un solo método de resolver esta contradicción: consiste en hundir un cuchillo en la manzana a fin de partirla en dos y que el núcleo quede expuesto a la luz, es decir, a la misma luz que la piel de la superficie. Pero entonces, la existencia de la manzana cortada se fragmenta; el núcleo de la manzana sacrifica su existencia en interés de ver.

Cuando comprendí que el sentimiento perfecto de la existencia que se desintegraba un momento después solo podía ser corroborado por los músculos, que no por las palabras, estaba sufriendo ya el mismo destino que la manzana. Cierto, podía ver mis músculos en el espejo. Pero ver, aisladamente, no bastaba para ponerme en contacto con las raíces fundamentales de mi sentimiento de existir, y seguía habiendo una distancia inconmensurable entre yo y el sentido eufórico del ser puramente. Si no conseguía acortar

rápidamente esta distancia, las esperanzas de resucitar ese sentimiento de la existencia serían mínimas. En otras palabras, la conciencia de sí mismo por la que yo apostaba a los músculos no se sentía satisfecha con el bronceado de la carne pálida que los rodeaba como corroboración de su existencia, pero, al igual que el núcleo ciego de la fruta, la conciencia se sentía impulsada a reclamar de tal manera una prueba de su existir que, tarde o temprano, acabaría por destruir esa misma existencia. ¡Oh, el furioso anhelo de ver simplemente, sin palabras!

El ojo de la conciencia de sí, usado como tal para mantener vigilado al yo invisible de un modo esencialmente centrípeto y gracias a los buenos oficios de las palabras, no confía lo suficiente en cosas visibles tales como los músculos. Así es como se dirige, inevitablemente, a los músculos: «Admito que no parecéis una ilusión. Pero si fuera así, me gustaría que me mostrarais de qué manera vivís y os movéis; enseñadme vuestras funciones y de qué manera realizáis vuestros objetivos particulares».

Y los músculos empiezan a trabajar conforme a las demandas de la conciencia de sí mismo; pero al objeto de que su acción exista de manera inequívoca, es precisa la presencia de un enemigo hipotético exterior a los músculos, y para que el enemigo hipotético tenga certeza de su existencia, debe asestar al reino de los sentidos un golpe lo bastante duro como para acallar los quejumbrosos lamentos de la conciencia de sí mismo. Ahí es, justamente, donde el cuchillo del enemigo debe hundirse en la carne de la manzana, o más bien el cuerpo. Mana la sangre, la existencia se destruye, los sentidos despedazados dan al conjunto de la existencia su primera corroboración, cerrando la brecha lógica entre ver y existir… Y esto es la muerte.

Así aprendí que el feliz sentimiento de existir que había experimentado momentáneamente aquel atardecer de verano, cuando estaba en el ejército, no podía ser confirmado más que por la muerte.

Todas estas cosas, huelga decirlo, habían sido previstas, y yo sabía además que las condiciones básicas de esta existencia hecha de encargo no eran otras que lo «absoluto» y lo «trágico». La muerte empezó desde el momento en que me propuse tener otra existencia que no fuera la de las palabras. Pues por más destructivo que pudiera ser su atuendo, las palabras estaban profundamente ligadas a mi instinto de supervivencia, formaban parte de mi vida. ¿Acaso no fue en el despertar de mi deseo de vivir cuando por primera vez empecé a emplear las palabras con eficacia? Debido a las palabras seguiría adelante hasta encontrar una muerte natural; eran los parsimoniosos gérmenes de una «enfermedad hasta la muerte».

He hablado más arriba de la afinidad entre mis ilusiones y las que acaricia el guerrero, de mi simpatía por el tipo de faena en que templar la espada y templar la imaginación para la muerte y el peligro venían a ser la misma cosa. Era algo que hacía posible, por mediación de la carne, toda metáfora del mundo anímico. Y, de hecho, todo ocurrió según lo previsto.

Pese a ello, me sentía oprimido por esa impresión de enorme esfuerzo malgastado que afecta a todo ejército en tiempo de paz. De acuerdo que ello se debía, en gran parte, al desafortunado temperamento del ejército japonés, inclusero al que se mantiene deliberadamente apartado de toda idea de tradición o de gloria. Sin embargo, eso me recordaba el proceso repetido de cargar una batería enorme finalmente agotada por una sucesión de fugas y que es preciso recargar; la potencia que genera no sirve a ningún propósito efectivo.

Todas las energías están centradas en la formidable hipótesis de una «próxima guerra». Los planes de adiestramiento son redactados en todo detalle, las tropas se aplican a sus tareas y el vacío en que nada sucede va aumentando día a día; cuerpos que estaban en su apogeo ayer hoy apenas se han deteriorado; la vejez va quedando relegada, y la juventud va llenando los huecos sin interrupción.

Capté, con más claridad que nunca, la verdadera eficacia de las palabras. Se ocupan de paliar este vacío en el tiempo presente progresivo. Este vacío de lo progresivo —que puede eternizarse mientras esperamos un absoluto que tal vez no llegará nunca— es el lienzo verdadero en donde se pintan las palabras. Esto puede suceder, además, porque las palabras, al subrayar dicho vacío, lo tiñen de manera tan irrevocable como quedan fijados los motivos y los alegres colores de las telas *yûzen* una vez estas son enjuagadas en las transparentes aguas del río de Kyoto; y al hacerlo, apuran por completo el vacío segundo a segundo, fijándose en cada momento para no cambiar más. Las palabras concluyen tan pronto se las pronuncia, tan pronto se las escribe. Mediante la acumulación de estos «acabamientos» y de la ruptura segundo a segundo del sentido de la continuidad de la vida, las palabras adquieren cierto poder. Como mínimo, reducen en cierto modo el angustioso terror de las grandes paredes blancas de la sala en donde esperamos la llegada del médico, del absoluto. Y a cambio de la manera en que, al jalonar cada momento, desmenuzan incesantemente el sentido de continuidad de la vida, obran de un modo que cuando menos parece convertir el vacío en algo dotado de cierta sustancia.

La facultad de «poner fin» —aun cuando esto pueda ser en sí mismo una ficción— está desde luego presente en las palabras. Las prolijas explicaciones escritas por prisioneros en la celda de los condenados son una forma de magia que

apunta a poner fin, segundo a segundo, a un largo período de espera que excede los límites de la resistencia humana.

Todo lo que nos queda es la libertad de elegir el método que pondremos a prueba cuando estemos cara a cara con ese vacío en el tiempo progresivo, en ese intervalo de esperar lo «absoluto». En cualquier caso, será necesario hacer preparativos. Que se designe a estos como «desarrollo espiritual» es debido al deseo que atormenta en mayor o menor medida a todo ser humano de moldearse, aunque no se consiga, a imagen y semejanza de ese «absoluto» que está por venir. El deseo de que tanto el cuerpo como el espíritu acaben pareciéndose al absoluto es quizá el más honesto y natural de los deseos.

Es algo que, sin embargo, se salda invariablemente con un fracaso. Pues por muy prolongado e intenso que sea el adiestramiento, el cuerpo, en el fondo, va progresando poco a poco hacia la ruina; por más que uno acumule acción verbal, el espíritu no sabrá cuándo es el fin. El espíritu, que ha perdido su sentido de la continuidad de la vida como resultado de los acabamientos que segundo a segundo le han impuesto las palabras, ya no sabe distinguir un verdadero final.

El responsable de esta frustración y este fracaso es el «tiempo», pero muy de vez en cuando ese mismo tiempo es el que salva el proyecto dispensando un favor. En eso consiste el misterioso significado de la muerte prematura que los griegos envidiaban como una señal del amor de los dioses.

Yo, empero, había perdido ya el rostro matinal que es propio de la juventud: el rostro que, por mucho que se haya hundido la noche anterior en las estancadas profundidades de la fatiga, reaparece tan lozano por la mañana para respirar en la superficie. En la mayoría de la gente, por desgracia, la

elemental costumbre de exponer la cara, inconscientemente, a la deslumbrante luz de la mañana persiste hasta el final. El hábito queda, la cara cambia. Antes de darnos cuenta, el verdadero rostro es desgarrado por la ansiedad y las emociones; no nos percatamos de que arrastra la fatiga de la víspera como si fuera una pesada cadena, y tampoco comprendemos cuán vulgar es exponer al sol una cara como esa. Así es como los hombres pierden su hombría.

La razón es que tan pronto ha perdido la natural brillantez de la juventud, la cara varonil del guerrero deviene por fuerza una cara falsa; es preciso fabricarla como una cuestión de principios. El ejército me parece un buen ejemplo de ello. La cara matutina, para un oficial, era una cara susceptible de ser descifrada, una cara en la que los otros podían hallar rápidamente un criterio de acción para la jornada. Era una cara optimista que sabía disimular el cansancio privado del individuo y, al margen de la desesperación que pudiera embargar a este, animar a los otros; era, pues, una cara falsa llena de energía, que se sacudía de encima las pesadillas de la noche anterior. Y era la única con que los hombres que vivían demasiado podían tributar homenaje al sol de la mañana.

En este sentido, la cara del intelectual cuya juventud era ya historia me horripilaba: era fea e incivil…

Yo, que desde el inicio de mi vida literaria me había preocupado más de disimularme que de ponerme al descubierto, me maravillaba de la función que cumplía el uniforme militar. Del mismo modo que el mejor disfraz para hacer invisibles las palabras es el músculo, así el mejor disfraz para hacer invisible el cuerpo es el uniforme. Sin embargo, el uniforme militar está concebido de tal manera que nunca sienta bien a un cuerpo escuálido o barrigudo.

La individualidad, reducida al máximo en el uniforme, tenía a mi modo de ver una extraordinaria simplicidad y unos rasgos bien definidos. A ojos de los demás, el hombre que vestía un uniforme se convertía, sin más, en un combatiente. Fueran cuales fuesen sus ideas o su personalidad, se tratara de un soñador o de un nihilista, de un hombre magnánimo o bien parsimonioso, por más grande que fuera el abismo de sordidez oculto bajo el uniforme, por más que lo alimentaran vulgares ambiciones, ese hombre seguía siendo, ni más ni menos, un combatiente. Tarde o temprano, el uniforme sería traspasado por una bala y quedaría manchado de sangre; a este respecto, estaba a la altura de esa cualidad propia de los músculos por la cual la confirmación de sí mismo implicaba, ineludiblemente, destrucción de sí mismo.

… A pesar de todo, yo era la antítesis del militar. El ejército es una profesión que requiere una gran dosis de técnica. Como había podido ver y notar por mí mismo, exige, más que cualquier otro oficio, un largo período de minuciosa instrucción. Al objeto de conservar esas técnicas una vez adquiridas, es preciso no dormirse en los laureles y practicar constantemente, como el pianista tiene que hacer diariamente para no perder la delicadeza de la pulsación.

Nada da a las fuerzas armadas tanto atractivo como el hecho de que incluso el cometido más trivial es, en el fondo, una emanación de algo más sublime y más glorioso, y ligado de alguna manera a la idea de la muerte. El hombre de letras, por el contrario, debe arañar su propia gloria de entre la basura que acarrea en su interior, ya más que familiar en todos sus detalles, y que debe refundir para la mirada pública.

Dos diferentes voces nos llaman continuamente. Una viene de dentro, la otra de fuera. La que llama desde fuera es el deber cotidiano. Si la parte de la mente que responde al deber

se correspondiera exactamente con la voz interior, entonces uno alcanzaría la felicidad suprema.

Una tarde de mayo en que caía una fría llovizna, nada propia de la estación, me encontraba a solas en el dormitorio, dado que las prácticas de tiro a las que hubiera debido asistir habían sido canceladas por culpa de la lluvia. En el llano que rodeaba las estribaciones del monte Fuji hacía mucho frío, y más parecía un día de invierno que de principios de verano. Con un tiempo así, los altos edificios de la ciudad donde trabajaban los hombres despedían un centelleo artificial incluso de día, y las mujeres estaban en casa tejiendo a la luz de una lámpara o viendo la televisión, arrepentidas tal vez de haber guardado las estufas demasiado pronto. La vida burguesa corriente no incorporaba ninguna fuerza lo bastante constrictiva como para impulsarlo a uno a salir bajo la lluvia helada sin un paraguas.

Inesperadamente, un suboficial vino a buscarme en un *jeep*. Las prácticas de tiro, me explicó, iban a tener lugar pese a la lluvia.

El *jeep* recorrió entre violentas sacudidas la pista repleta de baches que cruzaba el llano.

No se veía un alma. El *jeep* ascendió por una cuesta anegada de agua y descendió por el otro lado. La visibilidad era muy limitada, el viento iba cobrando fuerza y abatía las matas de hierba. Por una brecha en la capota, la fría lluvia machacaba mis mejillas sin piedad.

Yo me alegraba de que hubieran venido a buscarme en un día así. Era un servicio urgente, una voz que me reclamaba en lontananza. La sensación de abandonar precipitadamente un cálido nido en respuesta a una voz que me llamaba del otro lado de la llanura saturada de lluvia tenía un atractivo primordial que yo no saboreaba desde hacía mucho.

En tales ocasiones, algo desconocido me empuja, me arranca casi del amor de la lumbre. No hay renuencia ni vacilación: voy feliz al encuentro del mensajero de los confines de la tierra (en muchos casos, tiene cierta relación con la muerte, el placer o el instinto) y, en el instante de la partida, abandono todo lo que es familiar y confortable. Tenía la sensación de haber saboreado mucho tiempo atrás un momento parecido.

En el pasado, no obstante, la voz que me había llamado desde el exterior no se correspondía exactamente con la voz del interior. Creo que es porque yo no podía responder a la llamada del exterior con mi cuerpo, y sí en cambio, a duras penas, con las palabras. Cierto que estaba familiarizado con ese dolor dulce que acontecía cuando la llamada se enredaba en el complejo laberinto de las ideas, pero ignoraba de momento la profunda alegría que se produce cuando los dos tipos de llamada, al encontrarse en el cuerpo, armonizan a la perfección.

Al poco rato, me llegó el agudo gemido de las armas y pude ver el resplandor naranja de las balas trazadoras que disparaban, con las debidas correcciones de la puntería, a unos blancos que la cortina de lluvia oscurecía en parte. Pasé la hora siguiente sentado en el fango, tundido por la lluvia.

… Recuerdo otra cosa.

Estaba corriendo yo solo, un 14 de diciembre, por la pista principal del Estadio Nacional bajo los primeros atisbos de la aurora. En realidad, este proceder no era sino un «servicio» ficticio —se lo podría llamar exceso etílico—, pero nunca he sentido con tanta intensidad el estar disfrutando al máximo de lo excesivo, como tampoco me he sentido nunca tan seguro de que el despuntar del día me perteneciera por entero.

Era un amanecer glacial. El estadio parecía un enorme lirio cuya vasta arena, absolutamente desierta, formaba los pétalos hinchados, moteados, grisáceos.

Yo solo llevaba una camiseta y un pantalón corto; la brisa matutina me helaba los huesos, y pronto tuve las manos entumecidas. Al pasar frente a la tribuna en penumbra del lado este, el frío era para desanimar a cualquiera; el lado oeste, bañado ya por los primeros rayos de sol, era más soportable. Había completado cuatro veces la pista de cuatrocientos metros y estaba iniciando la quinta vuelta.

El sol que asomaba a las localidades superiores de la tribuna era aún interceptado por el borde de los pétalos de lirio, y el magenta de una aurora reacia no había abandonado aún el cielo. El lado este del estadio seguía sumido en el frío de la última brisa nocturna.

Mientras corría, no solo aspiraba el penetrante aire frío, sino también el aroma del amanecer. El tumulto, los gritos de aliento desde la tribuna, el olor a loción muscular intensificado por el frío matinal, el latir de los corazones rojos, la furiosa determinación: de todo esto se componía la fragancia de aquel gran lirio, una fragancia que el estadio había retenido durante toda la noche. Y el rojo ladrillo de la pista tenía, inequívocamente, el color del polen del lirio.

Yo pensaba en una sola cosa, mientras seguía corriendo: en la relación entre el voluptuoso lirio de la aurora y la pureza del cuerpo.

Tanto me absorbía este difícil problema metafísico que seguí corriendo, ajeno a la fatiga. Era un problema que, en lo más hondo, tenía que ver conmigo mismo; estaba relacionado con mi hipocresía adolescente acerca de la pureza y la santidad del cuerpo; y tenía que ver, sospechaba yo, con el lejano martirio de San Sebastián.

Pido al lector que repare en que no menciono para nada mi vida cotidiana. Mi intención es únicamente hablar de los diversos misterios de los que he sido partícipe.

Correr también era un misterio. Imponía una carga inusitada al corazón, barriendo las emociones de la rutina diaria. No tardó en ocurrir que mi sangre no quisiera descansar más de un par de días. Algo me impulsaba continuamente a seguir trabajando; mi cuerpo, que ya no podía tolerar la indolencia, se mostraba ansioso de acciones violentas y me incitaba sin cesar. Durante un tiempo, mi vida adquirió visos de lo que algunos, sin duda, llamarían frenética obsesión. Del gimnasio a la escuela de esgrima, de la escuela de esgrima al gimnasio… Me solazaba sobre todo —por no decir únicamente— en los pequeños renaceres que seguían al ejercicio. Ya no podía vivir sin el misterio del movimiento incesante, de las incesantes muertes violentas, de una incesante huida de la fría objetividad. Y, huelga decirlo, en cada uno de esos misterios había una pequeña imitación de la muerte.

Sin darme cuenta, me había embarcado en una especie de rutina implacable. Me perseguía la edad, murmurándome a la espalda: «¿Cuánto durará esto?». Pero yo estaba de tal manera atrapado en mi saludable vicio, que volver al mundo de las palabras sin el misterio de aquellos renaceres ya no me era posible.

Esto no implica, por supuesto, que después de mis pequeños renaceres del alma y de la carne volviera yo con renuencia, y un sentido del deber, al mundo de las palabras. Al contrario, era el único procedimiento que me garantizaba poder volver a ellas con júbilo y alegría en el corazón.

Mis exigencias con relación a las palabras se volvieron más estrictas y severas aún. Evitaba las últimas modas como si se

tratara de una plaga. Quizá estaba tratando de redescubrir la incólume fortaleza de las palabras, esa paradójica base de libertad fuera de la cual me sentía constantemente amenazado, pero dentro de la cual disfrutaba de una libertad sin parangón.

Era asimismo un intento de reconquistar la embriaguez que había experimentado, libre de culpa respecto de las palabras, en esa edad en que les pedía a estas que cumplieran la más pura de las funciones. Y ello entrañaba tratar de redescubrir mi propio yo tal como era cuando lo corroían las termitas de las palabras y afianzarlo con un cuerpo robusto. Era un intento de restaurar un estado de cosas en que las palabras (por muy lejos que estuvieran de la verdad) eran para mí la única fuente de libertad y felicidad verdaderas, igual que un niño refuerza con una capa de papel grueso un tablero de *backgammon* que a fuerza de doblarlo se ha ido rasgando. Significaba, en cierta manera, un retorno al poema sin dolor, un retorno a mi particular Edad de Oro.

¿Era un ignorante, pues, a mis diecisiete años? Yo creo que no. Lo sabía todo. Un cuarto de siglo de experiencia vital no ha añadido nada desde entonces a lo que ya sabía. La única diferencia es que a los diecisiete no tenía ningún «realismo».

¡Qué maravilloso sería, pensaba yo, si pudiera volver a aquella omnisciencia en la que me zambullía tan a gusto como en agua fría en pleno verano! Examinándome en detalle cómo era a esa edad, descubrí que las partes de mí a las cuales habían sin duda «puesto fin» las palabras eran extraordinariamente escasas, y que las áreas contaminadas por la radiación de la omnisciencia eran muy restringidas. El motivo era que, aunque pretendía utilizar las palabras como memorial, como mi legado a la posteridad, había errado el método: estaba economizando —rechazando incluso— la

omnisciencia y confiando totalmente a las palabras mi rebeldía contra la época. Estaba abismado en la tarea de hacer que las palabras reflejaran mi cuerpo, aunque yo no tuviera tal, y de echarlas a volar en pos del futuro, o de la muerte, portadoras de mis anhelos igual que la paloma mensajera porta un mensaje en el tubo de plata atado a su patita roja. Aunque se podría describir perfectamente este proceso como una manera de impedir que las palabras tengan fin, había en él, sin embargo, una especie de embriaguez.

Antes he definido la función esencial de las palabras como una especie de magia donde el largo vacío pasado a la espera de lo absoluto va siendo apurado por la escritura, a semejanza del bordado que cubre lentamente el blanco puro de un fajín. Al mismo tiempo, señalaba que el espíritu —el cual, pulverizado por las palabras, ve constantemente interrumpido su sentido natural de la continuidad de la vida — es incapaz de distinguir un verdadero final, con lo que jamás conoce final.

Si eso es así, ¿de qué sirven las palabras al espíritu cuando este, por fin, toma conciencia del final?

Un admirable ejemplo en miniatura de lo que acaece en tal caso lo encontramos en una colección de cartas escritas por jóvenes del escuadrón suicida poco antes de partir en su última misión, cartas que se conservan en la antigua base naval de Etajima.

Visitando el museo hacia finales del verano, me chocó el notable contraste entre la mayoría de las cartas, redactadas en un estilo grandioso y ordenado, y alguna que otra garabateada con prisas a lápiz. Mientras leía frente a las vitrinas el último testamento de aquellos jóvenes héroes, tuve la súbita sensación de haber resuelto un tema que me había atormentado durante mucho tiempo: en momentos así, ¿los

hombres utilizaban las palabras para decir la verdad, o bien intentaban hacer con ellas una especie de memorial?

De aquellas cartas, una sigue todavía viva en mi recuerdo. Estaba escrita a lápiz en un pedazo de papel de arroz y la letra era juvenil y casi descuidada. Si la memoria no me falla, he aquí lo que decía antes de interrumpirse bruscamente de la siguiente manera: «Ahora mismo estoy lleno de vida, mi cuerpo entero rebosa juventud y fuerza. Parece imposible que dentro de tres horas pueda estar muerto. Y sin embargo…».

Cuando alguien busca expresar la verdad, las palabras siempre fallan de la misma manera. Casi puedo verle, titubeando con las palabras: y no por timidez, no por miedo, pues la verdad desnuda produce inevitablemente este tartamudeo verbal; es más bien un signo de cierta tosquedad inherente a la verdad misma. El joven en cuestión no disponía de un largo vacío en donde esperar lo absoluto, y tampoco tenía tiempo para envolver pausadamente las cosas entre palabras. En su carrera hacia la muerte, sus frases corrientes se apropiaban de un momento en que el aprecio a la vida, como el cloroformo en el extraño embotamiento que produce, había adormecido temporalmente la conciencia que su espíritu tenía del final y, como el perro que salta hacia su dueño, se lanzaba sobre él para ser apartado de inmediato con rudeza.

Otras cartas, por el contrario, con sus lacónicas frases sobre el deber para con la madre patria, la destrucción del enemigo, el derecho eterno y la identidad de vida y muerte, evidentemente seleccionaban los tenidos por más grandiosos, más nobles de entre otros muchos conceptos confeccionados, y revelaban claramente la determinación —al eliminar cuanto pudiera referirse a psicología personal— de identificar el yo con las espléndidas frases elegidas.

Por supuesto, los eslóganes así escritos eran a todos los efectos «palabras». Pero, por muy artificiales que fuesen, eran palabras especiales puestas a una altura más sublime que la que ninguna acción vulgar podía alcanzar jamás.

Dichas palabras existieron en tiempos, aunque hoy en día las hemos perdido. No eran simples frases hermosas, sino un constante llamamiento a una conducta sobrehumana, palabras que exigían del individuo que apostara incluso la vida en el intento de escalar a sus sublimes alturas. Palabras como estas, en las cuales lo que en primera instancia es una decisión consciente acaba poco a poco exigiendo una ineludible identificación, carecían de entrada de un puente que las vinculara a preocupaciones ordinarias, cotidianas. Más que cualesquiera otras palabras, y pese a la ambigüedad de su contenido y de su sentido, estaban llenas de una gloria que no es de este mundo; su propia monumentalidad impersonal exigía la estricta eliminación de todo aspecto individual y desdeñaba la construcción de monumentos basados en los actos personales. Si el concepto de héroe es un concepto físico, entonces, del mismo modo que Alejandro Magno alcanzó su estatura heroica siguiendo el modelo de Aquiles, las condiciones necesarias para devenir un héroe deben ser una prohibición de la originalidad y una fidelidad al modelo clásico; a diferencia de las palabras del genio, las palabras del héroe deben ser seleccionadas como los más grandiosos y nobles de entre los conceptos confeccionados. Y al mismo tiempo, más que cualesquiera otras, estas palabras constituyen un soberbio lenguaje de la carne.

De este modo, pues, descubrí en aquel museo las dos categorías de palabras empleadas cuando el espíritu ha percibido su final.

Comparadas con estas, mis obras de adolescencia no llegaban a captar la certidumbre de la muerte; con tiempo de sobra para dejarse envenenar por la timidez, estaban sujetas en la misma medida a los embates del arte. Yo empleaba las palabras de modo totalmente distinto a aquellos hermosos testamentos del grupo de suicidas. No obstante, parece seguro que mi espíritu, pese a toda la libertad —la licencia, incluso— que daba a las palabras, y pese a toda la prodigalidad que permitía al juvenil autor en su empleo de las mismas, era consciente, en alguna parte, del «final». Releyendo ahora estas obras, los signos que comportan están claros para todo el mundo.

Actualmente, suelo meditar sobre esto: la clase de vida en que las palabras aparecen primero, seguidas por el cuerpo corroído ya por ellas, ¿no estaría limitada a mí solo? Sin duda alguna, yo era de algún modo culpable de contradecirme cuando rechazaba mi propia singularidad al tiempo que afirmaba la singularidad de mi vida en cuanto tal; la educación inconsciente de mi cuerpo debería haberme revelado dicha contradicción. En aquel período, el «final» que el cuerpo predecía y que el espíritu percibía debieron de estar presentes por igual en el grupo de suicidas y en mí mismo. Yo debería haber podido (¡incluso sin el cuerpo!) tomar algún tipo de postura que no dejara la menor duda respecto a esa identidad, y entre los jóvenes que murieron —e incluso, efectivamente, entre el cuerpo de suicidas— había, no cabe duda, algunos que estaban carcomidos por las termitas igual que yo. Los que murieron, sin embargo, habían encontrado el refugio de una identidad precisa, una identidad establecida fuera de toda duda: la identidad trágica.

A los diecisiete años, mi omnisciencia difícilmente podía haber sido ajena a ello. No obstante, lo que yo había iniciado era un intento de apartarme todo lo posible de la

omnisciencia. Resuelto a no emplear ni uno solo de los materiales con los que estaba construida la época, creía ver pureza donde solo había una obstinada persistencia de mis puntos de vista; peor aún, erré también en el método, y busqué dejar a mi paso un monumento personal. ¿Cómo, empero, podía algo personal devenir monumento? La razón básica de este espejismo me resulta hoy diáfana; en aquellos tiempos yo despreciaba una vida que pudiera ser rematada por las palabras.

Así, a los ojos del muchacho que yo era entonces, desprecio y temor eran sinónimos. Con toda probabilidad, tenía miedo de poner fin a la vida con palabras, y sin embargo, imaginando que el carácter imperecedero de las palabras consistía en huir cuanto más lejos mejor de la realidad, me sentía embriagado por esta acción infructuosa. Se podría decir que había felicidad —esperanza, incluso— en obrar así. Y cuando terminó la guerra y el espíritu cesó de ser consciente del inminente «final», la embriaguez cesó también y sin demora.

¿Cuál podía ser entonces el verdadero significado de mi intento tardío de volver al mismo punto? ¿Era libertad lo que buscaba? ¿Lo imposible, acaso? ¿O es que las dos cosas se reducían a una sola?

Lo que perseguía, evidentemente, era un retorno de la embriaguez, y esta vez, embriaguez aparte, era lo bastante engreído como para creerme suficientemente ducho en la técnica como para poder elegir palabras impersonales, realzando así su función como memorial y poniendo fin a mi vida a discreción. No sería exagerado decir que esta era la única venganza posible contra el espíritu que se negaba tozudamente a percibir el «final». Estaba muy poco dispuesto a seguir el mismo curso de aquellos que, cuando el cuerpo se

encamina hacia su futuro declive, se niegan a seguirlo, pero ajustan silenciosamente el paso al del mucho más ciego y tozudo espíritu hasta que este los engaña por completo.

De una forma u otra, necesitaba que mi espíritu volviera a ser consciente del «final». Todo partía de allí; solo allí, sin duda, podía yo encontrar la base para una verdadera libertad. Debía zambullirme una vez más en el agua fría de mi omnisciencia juvenil, una omnisciencia que la errónea aplicación de las palabras me había hecho eludir deliberadamente; pero, esta vez, tenía que dar expresión a todo, incluida la propia agua.

Que ese retorno fuera imposible era obvio sin que nadie me lo dijese. Pero esta imposibilidad estimulaba mi mente en su aburrimiento, y el espíritu, a quien solo lo imposible podía animar ya a la acción, empezaba a alimentar sueños de libertad.

Yo había visto ya, en la paradoja representada por el cuerpo, la forma definitiva de la libertad que viene de la literatura, la libertad que se consigue con las palabras. Sea como fuere, no era la muerte lo que me eludía. Lo que antaño había dejado escapar era la tragedia.

Más concretamente, lo que se me había escapado era la tragedia del grupo, o la tragedia en tanto que miembro del grupo. Si hubiera conseguido identificarme con el grupo, habría sido mucho más sencillo participar en la tragedia, pero, ya desde el principio, las palabras habían logrado apartarme cada vez más del grupo. Sintiendo como sentía una falta de capacidad física para fundirme con él, y que en consecuencia el grupo me rechazaba una y otra vez, deseaba en cierto modo justificarme a mí mismo. Fue este deseo lo que me llevó a pulir las palabras con tanta tenacidad, con el lógico resultado de que esas palabras que manejaba se

empeñaban en rechazar la importancia del grupo. ¿O debería decir que la lluvia de palabras que caía sin tregua sobre mí durante el período en que mi existencia apenas estaba bosquejada, como la lluvia que empieza a caer antes de que despunte el día, era en sí misma un presagio de mi incapacidad para adaptarme al grupo? Lo primero que hice en la vida fue construirme un yo en medio de esa lluvia.

La intuición de mi infancia —el sentimiento intuitivo de que el grupo simbolizaba el principio de la carne— era correcta. Hasta hoy, no he sentido una sola vez la necesidad de enmendarla. Pero no fue hasta muchos años después, al conocer por primera vez lo que he llamado el amanecer de la carne —ese vértigo prometedor que desciende sobre nuestro cuerpo tras la intensa fatiga de un esfuerzo agotador—, cuando empecé a percibir la importancia del grupo.

El grupo tenía que ver con cosas todas que no podían emanar de las palabras: el sudor, las lágrimas, los gritos de júbilo y de dolor. Ahondando un poco más, tenía que ver con la sangre que las palabras nunca conseguirían hacer manar. La razón por la cual los testamentos de los condenados se apartan misteriosamente de la expresión individual, impresionándonos más bien por su carácter estereotipado, es que son las palabras de la carne.

Cuando comprendí por primera vez que el uso de la fuerza y la fatiga subsiguiente, el sudor y la sangre, podían revelar a mis ojos ese sagrado y siempre oscilante cielo azul que los portadores de reliquias compartían, y que podían conferir la gloriosa sensación de ser igual a los otros, ya tuve quizá una premonición de ese día todavía remoto en que huiría del reino de la individualidad al que había sido empujado por las palabras y descubriría el significado del grupo.

Existe, por supuesto, lo que podemos llamar un lenguaje del grupo, pero de ningún modo se trata de un lenguaje autosuficiente. Un discurso, un eslogan, el texto de una obra dependen todos de la presencia física del orador público, del político, del actor. Ya sea escrito en un papel, ya proclamado a grito limpio, el lenguaje del grupo se reduce en el fondo a una expresión física. No es un lenguaje para transmitir mensajes privados desde la soledad de una habitación cerrada a la soledad de otra habitación cerrada, distante. El grupo es un concepto de sufrimiento compartido e incomunicable, un concepto que, en definitiva, rechaza la mediación de las palabras.

Pues el sufrimiento compartido, más que ninguna otra cosa, es el adversario de la expresión verbal. Ni siquiera el más poderoso *Weltschmerz* en el corazón del escritor solitario, hinchándose hacia los cielos estrellados cual enorme carpa circense, puede crear una comunidad de sufrimiento compartido. Pues aunque la expresión verbal pueda transmitir placer o aflicción, no así puede transmitir dolor compartido; aunque el placer se deja inflamar fácilmente por las ideas, solo los cuerpos, en las mismas circunstancias, pueden experimentar un sufrimiento común.

Comprendí que solo en el grupo —mediante la participación en el sufrimiento del grupo— podía el cuerpo alcanzar esa altura de la existencia que el individuo solo jamás podía conquistar. Y para que el cuerpo alcanzase ese nivel en que era posible atisbar lo divino, se requería una disolución de la individualidad. El carácter trágico del grupo era asimismo necesario, esa aptitud que constantemente saca al grupo del abandono y el sopor en los que tiene tendencia a caer, conduciéndolo hacia la espiral del sufrimiento compartido, y de ahí a la muerte, que es el sufrimiento definitivo. El grupo debía estar abierto a la muerte, lo cual,

por supuesto, significaba que debía estar formado por una comunidad de guerreros…

Yo corría, uno dentro de un grupo, a la luz difusa de la madrugada. Llevaba anudada a la frente una toalla de algodón con el símbolo del sol rojo, y exponía mi torso desnudo a la gélida intemperie. A través del sufrimiento común, los gritos de ánimo compartidos, la marcha compartida y el coro de voces, sentía la lenta aparición, como el sudor que poco a poco perlaba mi piel, de esa cualidad «trágica» que es afirmación de la identidad. Era una llama de la carne que palpitaba débilmente a merced de la brisa helada: una llama, casi podríamos decir, de nobleza. La sensación de entregar el cuerpo a una causa daba nueva vida a mis músculos. Estábamos unidos en busca de la muerte y de la gloria; no se trataba solo de mi búsqueda personal.

Los latidos del corazón se comunicaban al grupo; compartíamos el mismo pulso agitado. A estas alturas, la conciencia de sí mismo era algo tan remoto como el rumor de la ciudad en la distancia. Yo les pertenecía, ellos me pertenecían a mí; los dos formábamos un inequívoco «nosotros». Pertenecer a: ¿podía haber una forma más intensa de existencia? Nuestro pequeño círculo de unicidad era un medio que nos permitía la visión de ese vasto, titilante círculo de unicidad. Y —sin dejar de prever que esta imitación de tragedia estaba, del mismo modo que mi pequeña felicidad personal, condenada a desvanecerse en el viento, a disolverse en nada más que músculos que simplemente existían— tuve una visión en la que, de haber estado yo solo, algo que se hubiera disuelto en músculos y palabras se mantenía firme gracias al poder del grupo y me llevaba hacia una tierra lejana, de donde no había posibilidad de retorno. Ahí empezaba, tal vez, mi confianza en los demás, una confianza que era mutua;

y cada uno de nosotros, al entregarse a este inconmensurable poder, pertenecía al todo.

De esta forma, el grupo venía a representar para mí un puente: un puente que, una vez cruzado, excluía toda posibilidad de retorno.

Epílogo – F104

Ante mis ojos, lentamente, apareció una serpiente gigante enroscada alrededor de la tierra; una serpiente que vencía todas las polaridades tragándose la cola sin cesar; la definitiva, enorme serpiente que se burla de todos los contrarios.

Llevados a sus extremos, los contrarios se parecen entre sí; y cosas que están muy alejadas unas de las otras, al aumentar la distancia que las separa, se acercan. Este era el secreto que exponía el círculo de la serpiente. La carne y el espíritu, lo sensual y lo intelectual, lo exterior y lo interior, se apartarán un paso de la tierra y, allá en lo alto, más arriba aún de donde se junta el anillo de nubes blancas que rodea la tierra, también ellos se juntarán.

Soy de los que siempre se han interesado únicamente por los linderos del cuerpo y del espíritu, las regiones periféricas del cuerpo y las regiones periféricas del espíritu. Las profundidades no me interesan en lo más mínimo; las dejo para otros, pues son someras, triviales.

¿Qué hay, pues, en la linde exterior? Nada, quizá, salvo unas pocas cintas que penden en el vacío.

En tierra, el hombre está sometido a la gravedad, encerrado su cuerpo en músculos pesados; suda; corre; golpea; salta incluso, no sin dificultad. A veces, sin embargo, he visto claramente, en la oscuridad de la fatiga, los primeros atisbos

de color que anuncian lo que he llamado el amanecer de la carne.

En tierra, el hombre se agota en aventuras intelectuales como si buscara alzar el vuelo y volar hacia el infinito. Inmóvil ante su escritorio, se va acercando cada vez más a los confines del espíritu, en constante peligro mortal de caer al abismo. En tales ocasiones —aunque muy raramente— también el espíritu vislumbra la alborada.

Pero cuerpo y espíritu nunca se habían mezclado. Nunca habían llegado a parecerse el uno al otro. Nunca había descubierto yo en la acción física nada parecido a la helada, aterradora satisfacción que procura la aventura intelectual. Como tampoco había experimentado jamás en la aventura intelectual el calor desinteresado, la cálida oscuridad de la acción física.

En algún lugar, ambos tenían que estar relacionados. Pero ¿dónde?

En algún lugar ha de existir un reino intermedio, un reino similar a ese reino último donde el movimiento deviene reposo, y el reposo, movimiento.

Supongamos que me golpeo con fuerza. Al hacerlo, pierdo cierta cantidad de sangre intelectual. Supongamos que me permito, siquiera brevemente, pensar antes de golpear. En ese momento, mi golpe está condenado al fracaso.

En algún lugar, me decía a mí mismo, ha de existir un principio superior que consiga unirlos a los dos y reconciliarlos.

Ese principio, concluí, era la muerte.

Y sin embargo, mi idea de la muerte era demasiado mística; estaba olvidando el aspecto ordinario, físico, de la muerte.

La tierra está circundada de muerte. Las regiones superiores, en donde no hay aire, están pobladas de muerte pura y sin mezcla; muerte que mira a la humanidad, allá abajo, ocupada en sus cosas y atada a la tierra por sus condiciones físicas, pero muy raramente proporciona una muerte corporal al hombre, puesto que esas mismas condiciones físicas le impiden trepar hasta tan arriba. Que el hombre se enfrente al universo, a cara descubierta, es la muerte. A fin de enfrentarse al universo y sobrevivir, el hombre necesita una máscara: una máscara de oxígeno.

Si lleváramos el cuerpo a esas mismas altitudes enrarecidas con que tan familiarizados están el espíritu y el intelecto, a buen seguro la única cosa que le esperaría allí sería la muerte. Cuando espíritu e intelecto ascienden ellos solos a tales alturas, la muerte no se revela con claridad. El espíritu, por tanto, está siempre obligado, a desgana y con una sensación de insatisfacción, a regresar a su morada carnal en la tierra. Cuando asciende en solitario, el principio unificador rehúsa mostrarse. A menos que cuerpo y espíritu vayan juntos, ese principio no querrá saber nada de ellos.

En aquella fase, yo no había dado aún con la serpiente gigante.

¡Cuán aclimatado estaba, sin embargo, a las regiones más encumbradas del cielo gracias a mis aventuras intelectuales! Mi espíritu volaba más alto que cualquier ave, sin temer la falta de oxígeno. Posiblemente, incluso, ni siquiera necesitaba nada tan rico como el oxígeno. ¡Cómo me reía de ellos, de aquellos saltamontes que no se elevaban más que lo que sus cuerpos les permitían! El simple hecho de verlos, allá abajo en la hierba, me hacía desternillar de la risa.

Pero hasta de los saltamontes tenía yo algo que aprender. Empezaba a lamentar el no haber llevado el cuerpo conmigo a

las regiones superiores, dejándolo siempre en tierra dentro de su pesada envoltura de músculos.

Un día, me lo llevé a rastras a una cámara de descompresión. Quince minutos de desnitrificación, esto es, respirar oxígeno puro. Mi cuerpo se sorprendió muchísimo de encontrarse metido en la misma cámara de descompresión que mi espíritu visitaba todas las noches, de encontrarse atado a una silla obligado a someterse a operaciones que jamás había creído posibles. Mi cuerpo no tenía la menor idea de que su papel consistiría únicamente en estar sentado, sin poder mover la mano o el pie.

Para el espíritu, esto era un entrenamiento rutinario para soportar grandes altitudes y no presentaba mayor dificultad, pero para el cuerpo era una experiencia sin precedentes. A cada inspiración, la máscara de oxígeno se pegaba a las ventanas de la nariz y luego se separaba. «Mira, cuerpo —decía el espíritu—. Hoy te vas a venir conmigo, sin moverte un pelo, hasta los límites superiores del espíritu».

«Te equivocas —replicaba el cuerpo con desdén—. Mientras yo vaya contigo, por más altos que sean los límites, lo son también del cuerpo. Solo me lo dices, inflamado de saber libresco, porque es la primera vez que llevas al cuerpo contigo».

Pero, discusiones aparte, partimos los dos juntos sin movernos del sitio.

El aire estaba siendo succionado a través del pequeño orificio que había en el techo. Se apreciaba ya un lento descenso de la presión.

La cabina inmóvil inició su ascensión a los cielos. Diez mil pies, veinte mil pies. Aunque para la vista nada sucedía dentro de la cabina, esta, a un ritmo aterrador, se iba desprendiendo de sus cadenas terrenales. Así como el oxígeno mermaba

dentro de la cabina, así también las cosas conocidas y normales empezaban a quedar atrás. Aproximadamente en la marca de los treinta mil pies, creí ver que se acercaba una sombra y mi respiración se volvió un boqueo de pez moribundo que abre y cierra frenéticamente la boca en la superficie del agua. Sin embargo, mis uñas no mostraban el menor indicio de cianosis.

¿Sería que la máscara de oxígeno funcionaba ya correctamente? Eché un vistazo a la ventana «salida» del regulador y pude ver que el indicador blanco se movía con holgura cada vez que yo inspiraba larga y profundamente. El suministro de oxígeno llegaba bien, pero a medida que los gases disueltos en el cuerpo se convertían en burbujas, aparecía la asfixia.

Tan exacto había sido el parecido entre la presente aventura física y la aventura intelectual que, hasta el momento, no me había alarmado. Nunca se me había ocurrido pensar que a mi cuerpo inmóvil pudiera pasarle nada concreto.

Cuarenta mil pies. La sensación de asfixia iba en aumento. Cogido de la mano, amigablemente, con mi cuerpo, mi espíritu buscaba frenéticamente el poco aire que pudiera quedar. Aunque la cantidad encontrada hubiera sido muy pequeña, la habría devorado con avidez.

A mi espíritu no le venía de nuevo el pánico; tampoco le era nuevo el nerviosismo. Pero, en cambio, nunca había conocido esta falta de un elemento esencial que normalmente el cuerpo le aportaba sin que se lo pidieran. Si contenía la respiración e intentaba pensar, mi cerebro se ocupaba frenéticamente de crear las condiciones físicas para la función pensante. Después reanudaba la respiración, aunque a la manera de quien comete un necesario error.

Cuarenta y un mil, cuarenta y dos mil, cuarenta y tres mil pies… Notaba la muerte pegada a los labios. Una muerte blanda, cálida, pulposa, una visión de muerte lóbrega, de animal de cuerpo esponjoso, como mi espíritu jamás había soñado. Mi cerebro no olvidaba que el entrenamiento no podía matarme nunca, pero aquel inorgánico deporte me permitió vislumbrar el tipo de muerte que se agolpaba en el exterior de la tierra…

De súbito, una caída libre: la hipoxia que se experimenta al quitarse uno la máscara de oxígeno durante un vuelo horizontal a veinticinco mil pies; y luego la experiencia de una brusca bajada de presión cuando, con un breve rugido metálico, el interior de la cabina queda repentinamente envuelto en una bruma blanca… Conseguí finalmente pasar el examen y me entregaron la tarjetita rosa certificando que había superado el entrenamiento fisiológico de vuelo. Así pues, pronto tendría oportunidad de averiguar la manera en que la linde de mi espíritu y la linde de mi cuerpo se encontrarían para fundirse en una sola línea de playa.

El 5 de diciembre hacía un día glorioso.

Alineadas en el aeródromo de la base, estaban las formas plateadas y relucientes de la escuadrilla de cazas supersónicos F104. El personal de mantenimiento estaba revisando el 016, el aparato en que yo iba a volar. Era la primera vez que veía los F104 descansando tan plácidamente. Los había observado, anhelante, en pleno vuelo. Raudo como un dios, no bien lo habías mirado, el F104 rasgaba el aire en ángulo agudo desapareciendo de la vista. Yo soñaba desde hacía tiempo con el instante en que esa mota en el cielo azul encerraría dentro de sí mi propia existencia. ¡Qué modo de existir aquel! ¡Qué espléndido exceso! ¿Había acaso insulto más luminoso al obstinadamente sedentario espíritu? ¡Con qué magnificencia

reventaba el vasto telón azul, veloz como una puñalada! ¿Quién no quería ser ese cuchillo del firmamento?

Me puse el traje de vuelo marrón y ajusté mi paracaídas. Me enseñaron cómo había que soltar el kit de supervivencia y luego verificamos la máscara de oxígeno. El pesado casco blanco sería mío durante un rato. Y acoplaron a mis botas unas espuelas de plata para impedir que mis piernas salieran disparadas hacia arriba y se partieran.

Eran más de las dos, el sol se colaba entre las nubes rociando el aeródromo como desde un camión de riego. Nubes y luz estaban presentes conforme a lo convencional en la pintura antigua cuando describe el cielo sobre un campo de batalla. Solemnes haces de luz surgidos de un cofre celestial horadaban las nubes esparciéndose hacia el suelo. Por qué los cielos tenían esa inmensa, anticuada y pavorosa hechura, por qué la luz tenía que estar cargada de tanto peso interior, dando un toque divino a bosques y aldeas lejanos, es algo que ignoro. Parecían decir misa por ese cielo que estaba a punto de ser acuchillado.

Me situé en el asiento posterior de un caza de dos plazas, ajusté las espuelas a los talones de mis botas, comprobé la máscara de oxígeno y quedé cubierto por el cristal del parabrisas semicircular. Instrucciones dictadas en inglés interrumpían frecuentemente mi diálogo con el piloto. Bajo mis rodillas tenía el aro amarillo del equipo de eyección, con la arandela sacada. Altímetros, velocímetros, instrumentos sin fin. El duplicado de la palanca de mando del piloto, que tenía delante de mí, vibró furiosamente entre mis rodillas mientras él comprobaba la suya.

Las dos y veintiocho. Contacto. A intervalos, entre el estruendo metálico, podía oír a escala cósmica la respiración del piloto en su máscara, un ruido de tifón. Dos treinta.

Lentamente, el 016 enfiló la pista de despegue y se detuvo para una prueba con el gas a tope. Yo no cabía en mí de dicha. La alegría de partir hacia un mundo completamente controlado por aquellas cosas era algo que estaba a años luz del despegue de un avión de pasajeros, simple medio de transportar gente burguesa de un sitio a otro. Para mí, era un adiós a lo terrenal y lo cotidiano.

¡Cuánto había suspirado por esto, con qué intensidad había esperado este momento! Detrás de mí no había otra cosa que lo familiar; ante mí, lo desconocido: el momento presente era como una finísima cuchilla entre un estado y otro. ¡Con cuánta impaciencia había yo esperado que se cumpliera este momento!, ¡cuánto había anhelado que apareciera en las condiciones más rigurosas y más puras! No podía ser de otro modo: yo vivía para esto. ¡Cómo no iba a sentir afecto por aquellos cuya bondad lo habían hecho posible!

Durante años había relegado al olvido la palabra «partida», como un mago trataría de olvidar a propósito un maleficio fatal.

El despegue del F104 sería decisivo. Esa cota de los diez mil metros que los viejos cazas Zero alcanzaban en quince minutos sería alcanzada ahora en apenas dos minutos. La *g* positiva se dejaría notar en mi cuerpo; mis órganos vitales no tardarían en ser machacados por una mano de hierro y mi sangre se volvería pesada como polvo de oro. La alquimia de mi cuerpo estaba a punto de empezar.

Enhiesto falo de plata, el F104 apuntó al cielo en ángulo recto. Solitario, como un espermatozoide, yo iba instalado dentro. Pronto iba a saber cómo se sentía el espermatozoide en el momento de la eyaculación.

Las más lejanas, las más externas, las más periféricas sensaciones del tiempo en que vivimos están ligadas a *g*, el

concomitante inapelable del vuelo espacial. Casi con toda certeza, los extremos más remotos de las sensaciones cotidianas tienen que ver con *g*. Vivimos en una época en la que lo esencial de lo que antes llamábamos «psique» se reduce a *g*. Todo amor y todo odio que de alguna manera no anticipen la *g* no pueden tenerse por válidos.

g es la fuerza física compulsiva de lo divino; y sin embargo comporta una embriaguez que está en el extremo opuesto de la embriaguez, un límite intelectual que está situado en el extremo opuesto al límite exterior del intelecto.

El F104 despegó; su morro fue empinándose, cada vez más. Apenas me había dado cuenta, ya estábamos penetrando en las nubes más cercanas.

Quince mil pies, veinte mil. Las agujas del altímetro y del velocímetro danzaban como pequeños ratones blancos. Mach 0,9: casi la velocidad del sonido.

Por fin llegó *g*. Pero lo hizo con tal suavidad que fue más agradable que doloroso. Por un momento noté el pecho vacío, como si lo hubiera atravesado un alud sin dejar nada a su paso. Mi campo visual quedó monopolizado por el cielo, azul con un ligero toque gris. Era como darle un buen mordisco al cielo y tener que deglutir el pedazo. Mi mente estaba tan alerta como siempre. Todo era majestuoso, y la superficie del cielo azul aparecía salpicada del espermático blanco de las nubes. Puesto que no estaba dormido, decir que desperté sería erróneo. Lo que experimenté fue más bien un «despabilamiento», como si hubieran arrancado bruscamente otra capa a mi estado de vigilia, dejando mi espíritu indemne, no mancillado aún por mi contacto. A la pródiga luz que entraba por el parabrisas, apreté los dientes contra el júbilo desnudo. Mis labios, no me cabe duda, se estiraban en un gesto como de dolor.

Yo era uno con el F104 que había visto volar en el cielo; había transformado mi ser en esta cosa que había visto ante mis ojos. Para los que estaban en tierra, y entre los cuales me había contado hasta un momento antes, me había convertido en una existencia que desaparecía; habitaba yo en un punto que, para ellos, no era ya más que un recuerdo fugaz.

Nada más natural que imaginar que la noción de gloria se derivaba de los rayos del sol que entraban con crueldad a través de la burbuja de cristal de la carlinga, de aquella luz tan desnuda. La gloria era sin duda alguna el nombre que se daba a una luz como aquella: inorgánica, sobrehumana, desnuda, colmada de peligrosos rayos cósmicos.

Treinta mil pies; treinta y cinco mil.

Allá abajo se extendía un mar de nubes desprovisto de toda irregularidad conspicua, como un jardín de puro musgo blanco. El F104 puso rumbo al mar a fin de no enviar ondas dinámicas a la tierra, dirigiéndose como un rayo hacia el sur a medida que se acercaba a la velocidad del sonido.

Las dos cuarenta y tres de la tarde. De treinta y cinco mil pies y una velocidad subsónica de mach 0,9, superamos con una ligera vibración la velocidad del sonido hasta alcanzar mach 1,15, mach 1,2 y así hasta mach 1,3 a una altitud de cuarenta y cinco mil pies.

No pasó nada.

El fuselaje plateado flotaba en la luz desnuda: el equilibrio del avión era espléndido. Una vez más, se convirtió en una habitación cerrada y estática. El avión no se movía en absoluto. Se había convertido sin más en una cabina metálica de extraña forma que flotaba prácticamente inmóvil en la atmósfera superior.

Así, no es de extrañar que la cámara presionizada pudiera servir en tierra como modelo exacto de una nave espacial. La

cosa inmóvil deviene un arquetipo preciso de la cosa que se mueve a la mayor velocidad.

Ni siquiera tenía sensación de asfixia. Mi mente estaba a gusto, los pensamientos se sucedían animadamente. Descubrí que tanto la habitación abierta como la cerrada —dos interiores tan diametralmente opuestos— podían servir por igual como moradas para el espíritu de un mismo y solo ser humano. Si esta quietud era el fin último de la acción —del movimiento—, entonces el cielo que me rodeaba, las nubes de más abajo, el mar que brillaba entre ellas, incluso el sol del ocaso podían ser acontecimientos, cosas, que estaban dentro de mí. A esta distancia de la tierra, la aventura intelectual y la aventura física podían darse la mano sin la menor dificultad. Yo siempre me había esforzado por alcanzar ese punto.

El tubo de plata que flotaba en el cielo era, por así decir, mi cerebro, y su inmovilidad el modo de mi espíritu. El cerebro no estaba ya protegido por huesos inflexibles, sino que se había vuelto permeable, como una esponja que flotara en el agua. El mundo interior y el mundo exterior se habían invadido mutuamente, habían devenido completamente intercambiables. Este reino de nubes, mar y sol poniente era el panorama majestuoso, como jamás había visto, de mi mundo interior. Y al mismo tiempo, todo cuanto ocurría dentro de mí se había escurrido de los grilletes de la mente y el sentimiento, convirtiéndose en grandes letras grabadas de manera espontánea en el firmamento.

Fue entonces cuando vi la serpiente.

Esa inmensa —aunque el adjetivo resulta tremendamente inadecuado— serpiente de nube blanca que rodeaba el globo terráqueo mordiéndose la cola, sin descanso…

Todo cuanto se nos ocurre, aunque sea de la manera más efímera, existe. Aun cuando no exista quizá en el momento

presente, ha existido en algún instante del pasado o existirá en algún momento del futuro. En esto radica la semejanza entre la cámara de descompresión y la nave espacial, la semejanza entre mi estudio de medianoche y el interior del F104 a cuarenta y cinco mil pies cielo arriba. La carne debería esplender con la presciencia del espíritu, que todo lo impregna; el espíritu debería esplender con la rebosante presciencia del cuerpo. Y mi conciencia, con el brillo sereno del duraluminio, los vigilaría todo el tiempo.

Los lomos negros del Fuji aparecieron ligeramente a la derecha del morro del avión, dejándose envolver en sus nubes. A la izquierda, la isla de Oshima, el humo blanco de cuyo cráter cuajaba como yogur encima, yacía en un mar que espejeaba en la puesta de sol.

Habíamos bajado ya hasta veintiocho mil pies.

Si la serpiente gigante que resuelve toda polaridad venía a mi cerebro, es lógico suponer que tenía ya una existencia propia. La serpiente buscaba desde siempre tragarse su propia cola. Era un anillo más vasto que la muerte, más fragante que ese tenue aroma a mortalidad que yo había captado en la cámara de compresión; sin ningún género de dudas, era el principio de unicidad que nos contemplaba desde el rutilante firmamento.

La voz del piloto llegó hasta mis oídos.

«Vamos a disminuir la altitud y dirigirnos hacia el monte Fuji. Rodearemos el cráter y luego haremos unos ochos y unas cuantas barrenas; después volveremos a la base pasando de camino sobre el lago Chuzenji».

Unos lirios rojos, reflejos de la superficie del mar teñidos de grana por el sol de poniente, brillaban entre las aberturas del mar de nubes que teníamos justo debajo de nosotros. El

grana hacía brillar la espesa capa de vapor, manchándola de colorido, salpicándola con sus flores rojas.

Ícaro

¿Será, entonces, que pertenezco a los cielos?
¿Por qué, si no, persistirían los cielos
en clavar en mí su azul mirada,
instándome, y a mi mente, a subir
cada vez más, a penetrar en la bóveda celeste,
tirando de mí sin cesar hacia unas alturas
muy por encima de los humanos?
¿Por qué, cuando se ha estudiado a fondo el equilibrio
y se ha calculado el vuelo hasta sus últimos detalles
de manera a eliminar todo elemento aberrante:
por qué, con todo, este afán de remontarse
ha de parecer, en sí mismo, tan próximo a la locura?

Nada hay que pueda satisfacerme;
toda novedad terrena pierde en seguida su encanto;
me siento atraído hacia arriba sin cesar, más inestable,
cada vez más cerca de la refulgencia del sol.
¿Por qué me abrasan, estos rayos de razón,

por qué me destruyen estos rayos?
Pueblos y sinuosos ríos allá abajo
me parecen tolerables a medida que aumenta la distancia.
¿Por qué suplican, consienten, me tientan
con la promesa de que puedo amar lo humano
viéndolo únicamente, así, a lo lejos,
aunque la meta nunca pudo ser el amor,
ni, de haberlo sido, podría yo haber
pertenecido jamás a los cielos?

No he envidiado al ave su libertad,
ni anhelado nunca la comodidad de la naturaleza,
impulsado no por otra cosa que por el extraño anhelo
de subir y subir, más cerca cada vez, para zambullirme
en el profundo azul del cielo, tan opuesto
a toda alegría de los órganos, tan alejado
de los placeres de la superioridad,
pero siempre hacia arriba,
aturdido, tal vez, por la vertiginosa incandescencia
de unas alas de cera.

¿O es que yo,
al fin y al cabo, pertenezco a la tierra?
¿Por qué, si no, habría de darse la tierra
tanta prisa en abarcar mi caída?

Sin conceder espacio para pensar o sentir,
¿por qué la blanda, indolente tierra
me saludaba con una sacudida de chapa de acero?
La tierra blanda ¿se habrá vuelto de acero
solo para hacerme ver mi propia blandura?,
¿para que la naturaleza pueda hacerme comprender
que caer —no volar— está en el orden de las cosas,
algo mucho más natural que esa pasión imponderable?
El azul del cielo ¿será un sueño y nada más?
¿Era un invento de la tierra a que yo pertenecía,
por causa de la provisoria, candente embriaguez
alcanzada brevemente por unas alas de cera?
¿Instigaron los cielos ese plan de castigarme
por no creer en mí mismo
o por creer demasiado;
ansioso de saber a quién debía yo lealtad
o suponiendo, vanidosamente, que ya lo sabía todo;
por querer volar
hacia lo desconocido
o lo conocido;
ambos una misma mota, azul, de idea?

Índice

El sol y el acero 3
Epílogo – F104 79
Ícaro 92